

PERSONAJES ILUSTRES

EL P. LUIS COLOMA

BIOGRAFÍA Y ESTUDIO CRÍTICO

POR

EMILIA PARDO BAZÁN

CONTIENE:

I. Biografía. — II. Porqués de la algarada.
III. Intolerancia vuelta del revés. — IV. La aristocracia y las letras. — V. La
decadencia aristocrática. — VI. El remedio del Padre. — VII. De
lo vivo á lo pintado. — VIII. Antecedentes literarios. — IX. El naturalismo
de «Pequeñeces». — X. Currita. — XI Y final.

GRABADOS

Luis Coloma, pocos días antes de su ingreso en la Compañía de Jesús.
Autógrafo. — Fernan Caballero en sus últimos años.
Estudio de Fernan Caballero. — Tula Avellaneda. — Ilustraciones de las historietas
del Padre Coloma. — Las conspiradoras. — La Gorriona.

PRECIO: **DOS PESETAS**

MADRID

SÁENZ DE JUBERA HERMANOS
10, Campomanes, 10.

PEQUEÑECES....

CURRITA ALBORNOZ

AL P. LUIS COLOMA

Este precioso libro, atribuido unánimemente por la opinión pública y la prensa al eminente escritor D. Juan Valera, está en todas las principales librerías á **una peseta** el ejemplar.

Los pedidos al por mayor á los Sres. Sáenz de Jubera Hermanos, **10, Campomanes, 10,** Madrid.

ESPAÑOLES ILUSTRES

EMILIO CASTELAR

ESTUDIO BIOGRÁFICO CRÍTICO

escrito por

FEDERICO BALART

Pronto verá la luz este interesantísimo libro de 300 páginas, con retrato y autógrafo del eminente tribuno.

EL PADRE LUIS COLOMA

17 cmg

R-66270

ESPAÑOLES ILUSTRES



EL P. LUIS COLOMA

BIOGRAFÍA Y ESTUDIO CRÍTICO

POR

EMILIA PARDO BAZÁN



MADRID

IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, núm. 22

Es propiedad.



Luis Coloma pocos días antes de su ingreso
en la Compañía de Jesús.

ADVERTENCIA

Al ejercitarme en la crítica de actualidad, me propuse reunir poco á poco materiales frescos y de impresión directa, que, andando el tiempo, y ya depurados, me sirviesen para formar uno ó dos volúmenes sobre la novela—el género literario que hoy vive más intensamente en España.—Por esta razón no pensaba publicar aparte mis impresiones relativas al Padre Coloma hasta que se apaciguase el estrépito y algazara que movió su novela *Pequeñeces*, y nuevas obras hubiesen confirmado la personalidad del

novelista. El interés del público me obliga á quebrantar mis propósitos, imprimiendo este estudio crítico-biográfico, que, como se verá, es inédito, excepto algún fragmento de anteriores trabajos, refundido y adaptado á más amplio molde.

EL PADRE LUIS COLOMA

I

BIOGRAFÍA.

El más discutido de los novelistas españoles vino al mundo el 9 de Enero de 1851, en Jerez de la Frontera. Acaba, á estas fechas, de cumplir los cuarenta años ; se encuentra en la plenitud, si no de su vida, al menos de su inteligencia y facultades ; y aunque de salud delicada, puede escribir reposadamente diez ó doce novelas que, si siguen el camino de la primera, *Pequeñeces*, llevarán su nombre á los últimos confines del mundo.

Luis Coloma recibió el ser del afamado facultativo jerezano Don Ramón Coloma. Gustavo Flaubert era también hijo de médico, y algunos críticos relacionan el

fondo de observación que exige la profesión médica con las especiales condiciones que necesita el novelista moderno. Acaso sea demasiado sutilizar, por lo cual no insisto.

Á la edad de doce años dejó Luis Coloma la casa paterna y entró en la Escuela preparatoria naval, que se encontraba entonces en San Fernando. No tenía, sin embargo, vocación de marino, y como revelase en cambio vivísima afición á las letras, eligió la carrera favorita de los muchachos que despuntan por literatos, el Derecho, y se contó entre los más brillantes alumnos en la Universidad de Sevilla.

Aquellos años estudiantiles fueron para Luis Coloma el período decisivo de la vida, y los únicos que pasó realmente en el mundo: á poco más de los veintitrés cambiaba la toga por la sotana y el birrete por el bonete de los hijos de Loyola. Pero su breve época mundana no pecó de insulsa. Hay estudiantes que pade-

cen de ese penoso mal que se llama cordedad ó timidez, y que lleva á considerar la acción de embutirse en un frac y ponerse una camisa bien planchada como el más heroico sacrificio. Luis Coloma no sentía tal encogimiento, hijo unas veces del carácter y otras de la educación incompleta. Mozo más sociable y amigo del trato selecto, delicado y cortés, no lo vieron nunca las sevillanas aulas. La mejor prueba de su fino paladar en materia de relaciones, es su amistad estrecha con la distinguida dama Doña Cecilia Böhl de Faber, en el mundo de las letras el ilustre novelista y costumbrista Fernán Caballero. Á esta mujer insigne hubo de tratarla Coloma, más que íntima, familiarmente. Fernán contaba entonces edad avanzadísima; pero los años no habían gastado en su dulce corazón una de las grandes fuerzas afectivas, la amistad, que en casos semejantes adquiriría carácter materno. Aquella excelente anciana fué para el despejado

estudiantillo abuela, más bien que madre : fomentó sus aficiones literarias, ya mimándole, ya regañándole ; corrigió sus ensayos y le dió esa templada atmósfera intelectual que al principiante de verdadero mérito puede ofrecer tan sólo una mujer sensible, generosa, que ama en la juventud de sus amigos los hijos que el cielo negó á su ternura.

No era Fernán la única mujer eminente que residía en Sevilla por entonces. Vivía allí también otra hembra de muy diferente carácter y estilo, aunque de análoga nobleza de sentimientos ; señora de quien sus amigos — que lo fueron igualmente de Fernán — conservan un recuerdo de honda y respetuosa simpatía. Ya se comprenderá que aludo á Gertrudis Gómez Avellaneda, poeta de estro ardiente y clásica dicción, alma de fuego, impetuosa y varonil. Coloma admiró á *Tula*, y se contó en el número de sus tertulianos asiduos ; hasta dedicó á la insigne cubana alguna de sus primeras pro-

ducciones. De todas suertes, Tula no ejerció sobre Coloma la influencia literaria que Fernán.

En aquellos círculos literarios tampoco se destacaría entre las principales figuras el joven estudiante á la sazón, porque sus trabajos, no eran de los que descuellan y fundan el renombre de un escritor. Dominaba en ellos la nota sentimental, hasta arrancar á Fernán (escritora tan femenil como sabemos) la siguiente frase: «Este chico, cuando escribe, parece la mujer, y yo parezco el hombre». Transcurrían entonces para Luis Coloma los años de asimilación, los años de vago lirismo en que el espíritu fermenta y hierve, en que las almas ricas y activas se desparraman en todas direcciones, no sabiendo reprimir ni concentrar su bullidora savia para hacer obra firme y vividera. Luis Coloma *se buscaba á sí mismo*, fluctuando entre las letras, los galanteos, la vida de salón y.... la política.

No ofrece muchos ni muy variados lances la biografía que voy trazando; pero hay en ella un dato que, en la actualidad, y después de la publicación de *Pequeñeces*, se me figura de lo más picante y curioso que puede registrarse en biografía de autor alguno. Cuando los diarios conservadores se enteren, probablemente exhalarán, lo menos, un maligno y regocijado «¡hola!»; y los de otros matices, en cambio, sacudiendo la cabeza, murmurarán con más reconcentrada malicia: «Bueno es el sastre que conoce el paño». Es el caso que el futuro Padre Coloma —el satírico flagelador de la Restauración— se pasó la flor de sus mocedades metido de cabeza en las intrigas restauradoras, en las conjuras aristocráticas, siendo de los agentes más activos y resueltos entre los que preparaban la vuelta al trono del hijo de Isabel II. En aquella época figura Luis Coloma inscrito un año en el colegio de abogados y como pasante del muy acreditado

Quis pensarem V. de torcidas de mis muelas
nas y de garabatas de mis dedos, pero
a repito y tengo la peste muy debilitada
con grande esfuerzo cuerdo.

Queda de V. suyo y f. p. en la noche
sujo, y f. d.

1. 2. m. d.

Luis Catonara

Autógrafo.

D. Hilario de Pina; pero con tal ardor se entregaba á la política, que los protocolos durmieron en paz: *no tuvo tiempo* para dedicarse á su carrera.

La crisis revolucionaria no podía pasar sin influir en el joven Coloma, que, lanzándose al periodismo, colaboró en *El Tiempo*, de Madrid, y en *El Porvenir*, de Jerez. Lo extremoso de su entusiasmo alfonsino le hizo sospechoso á las autoridades: decretóse el registro de su morada (una escena del mismo género se encuentra descrita en *Pequeñeces*), con objeto de sorprender cartas y documentos importantes que se suponían ocultos allí; pero el agudo estudiante se dió tales trazas, que la pesquisa resultó infructuosa, y lo más comprometido de sus papeles, el nudo de la maraña restauradora, fué hábilmente salvado de las pesquisas judiciales.

En estas aventuras políticas de la juventud se encierra la verdadera clave moral de *Pequeñeces*, esa clave tan co-

mentada desde la publicación de la célebre novela. Luis Coloma, ex restaurador, escribiendo la sátira de la Restauración desde el claustro adonde se retiró cuando todo le sonreía, es un arrepentido que hace pública penitencia, confesando su yerro y lamentando á la faz del mundo la decepción de un espíritu ardiente y religioso que aspiraba á no restaurar solamente una rama de la dinastía borbónica, sino ideas y creencias que juzgara inseparables de la causa alfonsina.

No creo ofender en lo más mínimo la delicadeza, el sagrado ministerio sacerdotal y el venerable hábito que hoy viste el Padre Coloma, al suponer que no serían solamente aventuras políticas las que le traían preocupado y envuelto en su oleaje cuando contaba poco más de los veinte y terminaba sus lucidos estudios. De algunos de los mayores Santos á que rinde culto la Iglesia, se sabe y anda escrito en sus vidas que fueron galanteadores, sensibles al dulce y peligroso imán

de la belleza femenil, y hasta pendencieros y arrestados, todo lo cual, en un seglar y hablando humanamente, antes honra que deprime. Yo presumo, por inducción racional, que estas prendas y condiciones debió de reunir Coloma, y juntas con su ingenio y donaire, le harían el ornato de los salones, que consta frecuentó asiduamente hasta la hora de encontrar su camino de Damasco. Poco antes de herirle el rayo de la gracia, hirióle en el pecho una bala de revólver, tan gravemente, que los médicos le concedían tres horas de vida no más. Este lance lo atribuyeron algunos á misteriosas causas; pero los mejor informados aseguran que Coloma se hirió á sí mismo involuntariamente, en ocasión de estar limpiando el arma, en su cuarto. Sea como quiera, y aun aceptando la última explicación por sencilla y verosímil, Luis Coloma vió la muerte muy de cerca, y al dejar el lecho del dolor su resolución estaba formada, y era irrevocable su propósito de entrar

en la Compañía de Jesús—que nació de otra herida y otra sangre, la sangre del hidalgo de Loyola.

Á la vista tengo la fotografía que acaso le sirvió á Coloma para despedirse de sus más caros y tiernos afectos : tarjeta hecha en Bayona , pocos días antes de su ingreso en el Noviciado , y que ha servido para dibujar el retrato que encabeza estas páginas. No puede darse cosa más elocuente y reveladora que la tarjetita. Profunda tristeza apaga los ojos y nubla el semblante del joven abogado , que por la gravedad de la expresión , la virilidad de la espesa barba , representa seis ó siete años más de los veinticuatro que entonces contaría. Es el rostro de una persona que ha vivido mucho y muy intensamente en poco tiempo , no en el sentido material que suele darse al verbo *vivir* , sino por el ejercicio de la fantasía y del corazón. Los *viveurs* ó calaveras materiales , lejos de gastarse , suelen ser personas muy resistentes , de robusta complexión y gran

energía muscular. Luis Coloma, en el retrato á que me refiero, no es un *viveur*, sino un náufrago lanzado por la tormenta á la playa salvadora, pero maltrecho y lastimado aún del combate. Sus sienes empiezan á despojarse, sus ojeras profundas señalan rastros visibles de algún escondido dolor, y su boca se cierra con energía como para reprimir la estéril queja. La actitud de la cabeza, sin embargo, no indica desesperación: más bien parece que mira hacia los días venideros, que espera, que se adelanta en busca de *algo*.

Hace diez y siete años que Luis Coloma entró en la Compañía. Desde entonces envuelve su vida privada la impersonalidad del hábito. Un buen Jesuíta no tiene más biografía que su proceso de canonización, si algún día llega á instruirse. Pero el Padre Luis Coloma, recogido en el claustro, ha vuelto á cultivar las letras, y publica libros, y esos libros, no sólo se venden, sino que levantan la polvareda

mayor que tal vez hemos visto aquí. Tiene, pues, que excusarnos á los que tomamos la pluma y en ella su nombre y hasta removemos las cenizas de su pasado, doblemente digno de respeto por ser el de un sacerdote virtuoso y el de un escritor insigne. Yo no lo hago sin cierto escrúpulo de conciencia, y aunque mis datos me parecen fidedignos, pronta estoy á rectificar cualquier error que se contenga en ellos. Las biografías de vivos son arriesgadas, y más valdría que se aviniese el público á pensar que el Padre ha nacido con bonete, según cándidamente imaginan los chiquitines de los colegios. El miramiento y cuidado con que procedí tranquiliza mi conciencia y me infunde esperanzas de que el Padre no verá en estos rápidos apuntes sino lo que realmente hay : consideración y simpatía.

II

PORQUÉS DE LA ALGARADA.

Hace algunos años— no muchos todavía— que un jesuíta conocidísimo en la corte subió al púlpito de la iglesia donde predicaba con ocasión de ciertos ejercicios espirituales, seguidos asiduamente por la aristocracia femenina. Con voz de trueno y actitudes oratorias, en que se descubría un celo indignado, el Padre habló de las costumbres de las señoras de alto coturno ; y tales cosas dijo , y las dijo de tal modo , que alguna egregia dama que del devoto auditorio formaba parte, no pudo, aunque tan serenísima señora, conservar la serenidad, y presa de mortal congoja abandonó aquel recin-

to. Á las pocas horas, el Rey, el Nuncio, los ministros de la Corona y *tutti quanti*, estaban impuestos del caso y acordes en el modo de resolverlo; y á las poquísimas, el nuevo Elías ó Isaías era enviado á profetizar, mejor dicho, á callarse la boca, en otras comarcas de Israel. Lo que entonces no pudo seguir diciéndose desde el púlpito, se dice hoy (¡valiente salto!) en la novela, en una novela que ha explotado como un cartucho de dinamita, dando motivo á que D. Juan Valera pueda escribir que en los años que lleva de vida, no ha visto éxito tan extraordinario alcanzado por un libro español, y á que Castelar, no acertando á explicarse este éxito, suponga á los lectores de *Pequeñeces* atacados de «triste universal neurosis».

Sin modificar mi primera impresión, altamente favorable á *Pequeñeces* como novela, convengo en que la mejor noveladel mundo no surte, desgraciadamente, efectos tales si á sus excelencias intrín-

secas no se suman elementos extrínsecos y ajenos á la literatura. ¿Cómo podría negar esta verdad palmaria, ni cerrar los ojos para no ver el teclado de causas concomitantes, si me paso la vida lamentando que novelas hermosas, trascendentales, de exquisita medula, como son las de Galdós, por ejemplo, aparezcan en los escaparates de los libreros, den asunto á un cuchicheo entre aficionados y caigan en la penumbra, sin que la inmensa mayoría de las gentes, aun de las oficialmente *ilustradas*, recuerde su título, guardando á lo sumo en el hueco del oído, como guardan las caracolas el murmurio del oleaje, ecos confusos de un nombre de escritor?

No he sido sugestionada por el éxito, como pretende mi joven amigo Navarro Ledesma en sus artículos insertos en *El Correo*, al estimar á *Pequeñeces* por una de las novelas maestras que en España se han escrito; ni menos pude adolecer de tal ceguedad, que atribuyese al mérito

de la novela su formidable resonancia. Sin embargo, considero indiscutible que, negando en redondo ese mérito y admitiendo las demás circunstancias externas y accidentales, la resonancia no podía tener racional explicación.

No es tan fácil hinchar un perro soplando por el cañuto aire de escándalo y maledicencia. No alborota, no indigna, no subleva quien quiere, sino quien puede. Gran día de fiesta para los barateros y follones de la pluma, si se demostrase que con recoger y ensartar chismografías, historias bermejas y envenenados susurros, con trasegar chistes y zurcir anécdotas aplicables á determinada personalidad, iban á vender ediciones cuantiosas y dar pábulo á conversaciones y materia á artículos, folletos, juicios contradictorios, caricaturas, discusiones y hasta deliberaciones en Consejo de ministros. Precisamente andan ellos (los susodichos follones y mal-sines) husmeando *donde prenden*; su

gusto sería que todos los Obispos les excomulgasen, todos los Jueces les encausasen, todas las señoras se desmayasen y todos los padres de familia pusiesen el grito en el cielo; y el desengaño consiste en que después de echar al mercado su insípida ponzoña, ni les ladra un mal gozque siquiera.—Entre las varias especies vertidas en descrédito del P. Coloma, se ha repetido la comparación de la venta de *Pequeñeces* con la de cierto libelo memorable. En el mostrador pudo haber analogía; mas yo afirmo que del susodicho libelo no se *habló*, se *cuchicheó*, que es cosa muy distinta. Sobre el folleto aquel no escribiría Valera otro folleto, ni Balart y Luis Alfonso dos artículos, ni Castelar una página, ni medio renglón otros escritores que también nos respetamos.

Al tratar muy severamente á *Pequeñeces*, me dirige Castelar desde *La Ilustración artística* la siguiente personalísima alusión: «Extraordinarias coinci-

dencias—dice—han contribuido á este interés público mucho más que la bondad intrínseca del artefacto y del artífice. Tras una polémica, muy semejante á disputa, empeñada entre dos escritores, cual mi amiga eximia Emilia Pardo Bazán y el aplaudido Pereda, respecto del acierto y competencia respectivos en describir la entidad más ó menos real que llamamos gran mundo, apareció esta novela, y al aparecer se la presenta, por mero espíritu polémico, cual perfecta fotografía del disputado y célebre objetivo». Nada tiene de extraño que Castelar, solicitado por intereses universales, haya olvidado el verdadero asunto de la polémica entre Pereda y quien esto escribe. No fué, al menos por mi parte, reclamar la palma del acierto en describir salones, ni yo disputaría esa palma á nadie, primero por deber de modestia, segundo porque no describí salones jamás. Pero acierta Castelar al atribuir parte del éxito de *Pequeñeces* al fracaso de otras tenta-

tivas anteriores de novela satírica contra la alta goma, tentativas entre las cuales figura en primera línea, por tratarse de un autor aplaudido, *La Montálvez*, de Pereda. Irritada y no satisfecha la curiosidad, fallida la esperanza artística, despierta la inconsciente ó consciente animosidad de la mayoría social, que es la clase media, contra la minoría de ciertos círculos llamados elegantes y de buen tono, esperábase el Mesías de la sátira heráldica, ignorándose por qué punto del horizonte asomaría. Al aparecer *Pequeñeces*, reconocimos, no por mero espíritu polémico, sino por riguroso espíritu de justicia, que aquello ya no era arquitrabe; que el artista conocía el terreno, y aprovechaba ese conocimiento para sus fines.

Entre el fragor de las discusiones por *Pequeñeces* suscitadas, llegó á negarse tal conocimiento, censurando como por menores inverosímiles, verbigracia, el *whisky*, los habanos con sortija, las chu-

padas por turno, el destartalo y abandono del oratorio de Currita Albornoz, etc. Sin haber gastado la seda de muchas butacas, no sería difícil responder de alguno de estos detalles, si la defensa no pareciese tan pueril como la acusación, pues la exactitud de un novelista no consiste en pormenores, sino en el tono general, en la impresión de verdad del conjunto, y en recta crítica, un desacierto de pormenor nada prueba si es aislado, y sólo debe tomarse en consideración si afecta á la totalidad. Mejor lo explicaré por medio de un cuentecillo. Conversaba un estudiante muy roto y astroso con otro algo más pulcro y bien trajeado, á tiempo que el segundo vió trepar por la remendada capa del primero unos de esos insectos ápteros, cuyo nombre vulgar escribe sin empacho el Padre Coloma en el título de una de sus primorosas historietas. El estudiante aseado señaló hacia el bichejo, y su compañero respondió, encogiéndose de hom-

bros : « ¡ Pch ! Una casualidad ». Mas de allí á poco rato notó el observador tal jubileo, tales correrías por el mugriento paño, que no pudo menos de decir : « Compañero, tiene V. la capa llena de casualidades ». Sólo á los novelistas que tienen llena de casualidades la capa se las demuestra algo al cogerles en renuncio.

Otro elemento externo para la algarada de *Pequeñeces* fué, sin duda alguna, el hábito que viste su autor. Bien dice Valera : el vulgo supone que entre Jesuítas no se hace cosa alguna sin propósitos maquiavélicos de puro profundos y solapados. Hay quien cree que su influencia llega á todas partes, que su protección asegura el éxito en toda empresa ; que no se mueve una paja sin su consentimiento, y que ciudades enteras, de las más importantes de España, dependen de la Sociedad. Esta ridícula aprensión la satiriza con bastante donaire el mismo Padre Coloma en una historieta contenida en el tomo de *Lecturas recreativas*,

y titulada ¡; *Chist!!* , historieta á la cual sirve de epígrafe un macarrónico latinajo: *Malum Eva, jesuitis credula, porrexit Adæ, jesuitis credulo; Fratrem Cainus, jesuitis credulus, occidit Abel, jesuitis credulum.* ¡ Cuántos libros se escriben sin más filosofía que ésta ! El que lo dude , lea la voluminosa *Historia de Francia* de Michelet.

He visto á personas, por otra parte sensatas, delirar en cuanto se tocaba este registro de los Jesuítas, cayendo en verdadera epilepsia intelectual. Les perseguía aquella conocida imagen de la espada cuyo puño está en Roma y la punta en todas partes, y hasta en sueños veían la hoja desenvainada amenazando á su pecho. Haciendo juego con estos fanáticos, hay otros tan ciegamente adictos á la Compañía, que, aunque hechos á asustarse de las novelas realistas, y alarmados en el fondo por *Pequeñeces*, no se atreven á pensar que aquel realismo sea como *el de los demás*, y luchan consigo

mismos para defender de dientes afuera las que interiormente juzgan crudezas del Padre. Para todos, adversarios y defensores, es evidente que el jesuíta oculta al novelista, ó por lo menos borra y confunde las líneas, nublando la vista con vapores de odio ó resplandores de aureola.

Ya he dicho que no desconozco el papel principal que desempeñó, entre los porqués de la algarada, el de la sátira *individual*, mezclada con la social; y cuanto yo escriba en elogio y apología de *Pequeñeces* y de su autor, no tiene nada que ver con lo de la *clave*, si clave hay, según de público se afirma, en tan hermosa novela. Cuando el pintor consigue producir la ilusión de la verdad, importa poco al arte que sus figuras sean retratos ó anónimas cabezas de estudio. La cuestión queda reducida á un problema de moral artística. ¿Es lícito aprovechar datos de la vida privada, y presentar, aunque sólo sea aislada y fragmentariamente, á los

individuos de tal modo que los reconozca la malicia y pueda señalarlos con el dedo? ¿Tiene este privilegio el novelista? ¿Lo tiene *hasta cierto punto*, y no más? ¿Ese límite, adónde llega, y en qué ha de diferenciarse la novela del «libro, papel ó escrito satírico, denigrativo de la honra y fama de alguna persona»?

De mí sé decir que en mis pobres ensayos me ha cohibido á veces el excesivo escrúpulo que me inspira el sagrado de la vida privada. Acaso (volviendo á *Pequeñeces*) la suspicacia del lector llega donde no llegó la intención del artista; pero también es difícil, como dice Valera, no hacer aplicaciones cuando las señas del personaje fingido coinciden exactamente con las de algún personaje real que conocemos y hemos conocido todos. Dante puso en el Infierno á muchos de sus conciudadanos y contemporáneos, especificando los pecados vergonzosos y horribles porque sufrían tantos y tan acerbos suplicios; pero yo supongo que

en efecto, habrían cometido tales pecados ó pequeñeces, mientras el Marqués de Butron, v. gr., no era capaz de algo que se le imputa. No sé si contra la intención del Padre Coloma, la maledicencia cortesana lleva y trae á los héroes ficticios de su libro, barajándolos con otros de carne y hueso, que alternan en sociedad y ruedan por las esferas de la política. He aquí un peligro más de hacer *novela de altas clases*. Las personalidades salientes y desfavorablemente comentadas no son tantas en número que no ponga inmediatamente el lector los puntos sobre las *ies*. Shakespeare lo ha dicho: «Mientras más poderoso es el hombre, más inspira su conducta veneración ú horror, pues la infamia supina se adhiere al alto rango. Si las nubes velan la luna, su desaparición se nota al punto: los pequeños luminares, por el contrario, pueden ocultarse impunemente».

Añádase á todo esto el carácter especial de la corte española, que es, como decía

Tácito de Roma, *nihil reticente, urbs sermonum avida, y fecunda gignendi inimizias civitas*: ó sea, en romance, pueblo parlanchín, dado á hablillas y consejas, refitolero y enredador. «Roma—escribe el eminente Rubió en su *Historia de la sátira*,—la ciudad novelera, la amiga de los chismes, la maestra en engendrar odios, cuya población, condenada á la holganza para poder dar trabajo á sus esclavos, podía dar lecciones en lo que se llama entre nosotros matar el tiempo, distribuyendo éste entre los espectáculos del circo, los regalos de las termas, las emociones de la curia y las largas pláticas en el foro ó en los pórticos; Roma, lo hemos dicho ya, poseía el genio de la sátira, por lo mismo que encerraba en sí los elementos externos de que ésta se nutre y las condiciones internas que para medrar necesita.» *Mutatis mutandis*, nuestra villa y corte, en el año de gracia de 1891.

III

INTOLERANCIA VUELTA DEL REVÉS.

No necesito repetir una vez más que soy admiradora reverente de las Órdenes monásticas, no sólo de la gloriosísima que fundó el Serafín de Asís, sino también de las dos que en España tuvieron su cuna y se extendieron por los ámbitos del mundo : me refiero á los Dominicos y á los Jesuítas. Pero todo este respeto y estimación no pesan en mi ánimo — valga la verdad — ni un adarme, cuando recibo y leo un libro de jesuíta, dominico ó franciscano. Mejor diré que, en ocasión semejante, ni siquiera recuer-

do el hábito, como no recordaría las faldas de la mujer ó el uniforme del militar. Si el libro me pareciese malo, lo diría, así trajese al pie la firma del mismísimo Láinez.

No por eso conceptúo que la crítica deba prescindir del estado y condición social del autor, como dato para estudiar su personalidad reflejada en la obra; pero no como traba para coartar su sagrada libertad artística. Esto lo imponen de consuno la tolerancia y la buena fe. Sin embargo, son contadas las personas que han usado con el Padre de esta buena fe y tolerancia. Hacia el religioso autor, como hacia la mujer autora, la intención está siempre impurificada; hay una prevención sorda y tenaz, fruto de esas ideas hechas que Spencer llama preocupaciones hereditarias emocionales. El religioso y la mujer son *escritores maniatados*. Rompen sus ligaduras, claro está, pero la gente recoge los pedazos y les azota con ellos el rostro.

Yo no sé que á ninguno de nuestros novelistas se le haya censurado tan acremente como al Padre Coloma por exponer en la novela su concepción propia del mundo moral, ó sea su peculiar filosofía, sin que le sirva de escudo la sinceridad con que desde un principio nos advierte, en el substancioso prólogo de *Pequeñeces*, que lleva propósitos docentes y trascendentales. «Has de tener en cuenta—dice al lector—que, aunque *novelista* parezco, soy sólo *missionero*; y así como en otros tiempos subía un fraile sobre una mesa en cualquier plaza pública, y predicaba desde allí rudas verdades á los distraídos que no iban al templo, hablándoles para que bien lo entendieran en su mismo grosero lenguaje, así también armo yo mi tinglado en las páginas de una novela, y desde allí predico á los que de otro modo no habían de escucharme, y les digo en su propia lengua verdades claras y necesarias *que no podrían jamás pronunciarse bajo las bóvedas de un templo.*» Ya en

otro prólogo de la misma procedencia habíamos leído cuatro años hace (1): «Hoy todo es cátedra, todo es púlpito, desde donde puede y debe bajar la enseñanza de Jesucristo.... Lejos, pues, de anatematizar á los buenos novelistas, les concedemos la gran misión, la trascendental tarea que atañe al hábil confeccionador de contravenenos....» No vale llamarse á engaño: el Padre va á predicar; va á ser misionero bajo el disfraz de novelista. ¿Le negaremos por eso el derecho de ciudadanía literaria? Atengámonos, no á las palabras, sino á los hechos. La novela, fruto de esa intención edificante, ¿es acaso inferior á las que con propósito meramente artístico escriben nuestros novelistas más celebrados? Si no lo es, como creo y cree la mayoría desinteresada de los lectores, ¿qué valor ha de quitarle á los ojos de nadie, ni aun del incrédulo

(1) *Lecturas recreativas*. Prólogo á los señores suscritores del *Mensajero del Corazón de Jesús*.

más empedernido, el fin á que se ordena? ¿Por qué ha de ser tan arduo empeño el de amalgamar en una misma persona el escritor de literatura amena y de pasatiempo y el rígido sacerdote? El Padre ha sabido fundir estas dos personalidades; nos ha entretenido y deleitado, presentándonos al mismo tiempo demostraciones de lo que demostrar pretendía. No habrá convencido á muchos; acaso á nadie: ¡es tan difícil convencer! En cuanto á que no nos haga meditar...., ¡bah!, eso, á todos, empezando por el insigne autor de *Pepita Jiménez*, persona á quien no debiera ser lícito relegar á la novela á la categoría de *pasatiempo*.

Mala es ciertamente y recia de sufrir la intolerancia religiosa; mas no le va en zaga la racionalista, que con el Padre Coloma se ha demostrado de un modo sorprendente. ¿Por qué no se practica el precepto de Béranger:

« Qu'on puisse aller.... même à la messe :
Ainsi le veut la liberté ! »

Importa que en literatura sea lícito ir á misa; importa que nos pongamos en la razón y comprendamos que un Jesuíta, al retratar á sus compañeros y á su Orden, no ha de presentar á los unos cargados de vicios y á la otra corrompida y depravada, máxime no siendo verdad. ¿No estamos viendo á un autor que alardea de impersonal como Zola, que al poner en escena un novelista, le hace único representante del buen sentido, de la virtud racional, del orden y paz doméstica? ¿Ha de ser un jesuíta más imparcial que Zola?

No se me acuse de inconsecuencia, porque habiendo visto sin entusiasmo ciertas novelas tendenciosas (ejemplo: *De tal palo tal astilla*), ensalzo á *Pequeñeces*. Yo censuro la tendencia cuando, no en la intención del novelista, que no nos importa, sino en el desempeño, lo único que vemos los lectores, echa á perder la obra de arte. Censuro la tendencia más especialmente, cuanto más

estrecha y mezquina, más inspirada en intereses efímeros y momentáneos, como le sucedía á aquel libro de Pereda. El misionero que no combate por banderías, sino que lidia con el mal perenne, nuestra flaqueza, nuestra imperfección, nuestras pasiones y nuestros pecados, ó es un pobre Gerundio de Campazas, ó ha de ser un moralista que, en las líneas generales, coincida con todos los profundos analizadores de la humanidad, en cuyo número se cuentan los novelistas insig-nes. Balzac no era más indulgente con la sociedad de su época que el Padre Coloma con la actual. Tolstoy aparece aún más severo con las costumbres, ciencia é instituciones de la edad presente. De Zola no digamos: su pesimismo se ha hecho proverbial, y extensivo á todas las clases sociales. Claro está que estos disectores y censores se sitúan, para juzgar (pues todos juzgan, confiésenlo ó no) en un punto de vista especial, y hablan desde ese terreno, desde

su moral propia. No otra cosa hace el jesuíta.

Por eso uno de los cargos más gratuitos que se dirigen al Padre, es el de haber escrito, en vez de *una novela, una sátira*. Ignoro en qué límites encerrarán los que así opinan á la novela, género tan comprensivo y dúctil, que en él caben todos los subgéneros. La novela puede ser psicológico-erótica (*Fanny, Adolfo*), reformista conyugal (*La sonata de Kreutzer*), histórica (*Guerra y paz*), penitenciaria (*La Casa muerta*), antropológico jurídica (*Crimen y castigo*), idílico rural (*François le Champi*), y con todas estas direcciones y otras infinitas que omito por no cansar, interesante y hermosa. El subgénero satírico alardea de que le pertenecen, no sólo muchas obras famosas, como *El Nabab*, *Los reyes expatriados* y *El Inmortal*, de Daudet; *Madama Bovary*, *Bouvard y Pécuchet*, *La Educación sentimental*, de Flaubert; *Las almas muertas*, del ruso Gogol, que son sátiras amarguísimas

contra una clase, una institución ó un estado social, sino de que es suya la novela arquetipo, la novela suprema, el *Quijote*, que se ha considerado siempre sátira maravillosa. Juzgo muy fácil que propenda á la sátira el novelista, sobre todo si le falta esa universal y dulce simpatía que distingue á algunos espíritus verdaderamente superiores, entre los cuales citaré á Galdós y á Carlos Dickens. El novelista es, por punto general, un descontento : quiere restaurar los tiempos pasados ó adelantar los futuros : su pesimismo, no obstante, viste de color de esperanza ó de recuerdo; y por impersonal é impasible que aparezca en la forma, aunque sea el marmóreo Flaubert, el ideal que lleva dentro sangra al contacto de la realidad presente. Si esto sucede al burgués libre, identificado con la misma sociedad que censura, partícipe de sus costumbres, contaminado probablemente con alguno de sus vicios, ¿qué hará al misionero, al religioso, segregado del mundo, someti-

do por su regla á la castidad absoluta y á la obediencia, todavía más ardua?

Esto va con los que han censurado la obra del Padre por hibridación de sermón y novela, y al Padre por «acordarse de que es sacerdote, y, sobre las burlas y la sátira, lanzar el rayo de la ira del cielo». Ese rayo de la ira, no del cielo, sino suya propia, lo han lanzado y lo están lanzando otros novelistas ilustres: Zola, al definir la burguesía, llamándola *cochon et compagnie*; Tolstoy, tratando de lechones y puercos á los maridos prendados de sus mujeres, y á los médicos de farsantes; Flaubert, calificando de superchería los adelantos científicos, orgullo de nuestra edad.... Valera, fiel á su teoría académica, que considera el arte como un *scherzo*, ameno solaz, visita de recreo á las Musas, opina que el escritor ingenioso y desenfadado debe castigar las malas costumbres, las ridiculeces y las tonterías, con chistes, burlas, epigramas y jocosidades; pero si no quiere pasar por

muy cruel, no ha de irse á fondo. No sé si Valera tendrá por desenfadados é ingeniosos á los maestros que antes cité; pero ni ellos, ni Cervantes, ni Juvenal, ni Dante el gibelino, se contentaron con epigramas.

La sátira de los vicios sociales se ha considerado lícita en todo tiempo, y antiguo como su abolengo es el concepto de que la sátira, aceptable cuando generaliza, sólo merece reprobación al particularizar. En Roma los decemvros legislaron castigando con pena de muerte al poeta que en sus versos infamase públicamente á alguno, sentimiento que confirmó Cicerón, diciendo que «nuestra conducta debe estar sujeta únicamente al dictamen de los magistrados, ó sea á la ley, y en ningún modo al ingenio de los poetas». Puesta á censurar la sátira del Padre, yo no la censuraría por honda, sino porque me parece á veces en demasía ingeniosa y desenfadada. Acuérdomeme de aquellas palabras de Rubió: «En

la sátira quisiéramos la compasión, no la ira; la caridad, no el odio. Más aún, y esto va á parecer una paradoja: deseábamos en ella la risa de la tristeza, no la de la alegría. Un grande escritor de nuestros tiempos, César Cantú, ha dicho de la sátira que llegará al más alto grado de poesía social el día que se hermane con la elegía».

Bello es realmente ese estado elegíaco cuyo tipo más alto puede encontrarse en el cantor del *Infierno*. Viril y en cierto modo sublime es esa indignación generosa y fecunda, esa cólera santa que pasa como el fuego á través de la selva, calcinando los troncos y preparando, sobre el lecho de cenizas, los gérmenes de las nuevas vegetaciones. Claro está que el Padre Coloma, satírico, sería más elevado, más enérgico, más noble, si fuese menos retrechero, gitano y saleroso. El carácter meridional del ingenio del Padre le perjudica para satírico de los que dan frío en los huesos. Hay, sin embargo en su libro páginas donde la

pluma rasga la epidermis y llega á los tejidos profundos.

Si abogo por la legitimidad de la sátira literaria, no por eso renuncio á mi constante optimismo. Yo creo que la sátira social tiene á cada paso menos razón *objetiva*, porque la sociedad va siendo menos mala, y porque lo que le resta de mal es de tal índole, que no lo desterrarán cuantas sátiras se escriban, así resucitasen Juvenal, Luciano y Aristófanes. Con razón y cordura dice Valera, oculto tras el antifaz de seda de *Currita Alborno*: «En nada apenas somos más depravados que en lo antiguo. Caco vivió en los tiempos mitológicos : Villamelones hubo siempre, y muy ilustres, desde Marco Aurelio, y desde antes, desde el marido de la mujer de Putifar; lo que es de señoras regocijadas...., eso á montones, desde las hijas de Lot y desde Rahab, que tuvo tan clara descendencia; y chulos mantenidos, jamás los hubo menos que en la edad presente.»

La verdad que contiene este párrafo es indudable para quien no tenga la vista oscurecida por negros vapores. Castelar cree que el arte no es lo individual, sino lo universal sentido. Yo objetaría mucho á esta afirmación; pero declaro que la sátira social, para ser justa, no ha de fijarse en los individuos, sino en lo universal, en el conjunto, en las mayorías. Si en el individuo nos es fácil comprobar la persistencia de la humanidad inferior, en la sociedad tendríamos que vendarnos los ojos para negar el progreso, la subida hacia regiones de mayor serenidad y luz. La humanidad no es todavía lo que ha de ser después de las grandes luchas que la esperan, y que nunca cesarán por completo: sin embargo, ¡cuánto ha progresado, cuánto se le ha compuesto el rostro! Hoy ciertos delitos repugnantes, por ejemplo, la antropofagia, se consideran restos fósiles de tiempos en que eran costumbres establecidas, y se almorzaba un muslo humano con

tanta frescura y regodeo como pudo Currita Albornoze fumar un veguero con sortija. Abramos la historia literaria de cualquier tiempo, y siempre encontraremos en ella nombres de escritores satíricos; consultemos la historia política y social, y cuanto más atrás, más manchas, más abominaciones, más horrores. Los delitos de violencia ya los proscriben nuestro espíritu incruento: si aumentan los suicidios, en cambio disminuyen las matanzas, lo cual también es adelanto, pues el que esté rabioso, desahogue su furia contra sí mismo y deje en paz al prójimo. Los pecados de otro género, si no menguan en cantidad, al menos no se ofrecen tan cínicos y descarados; los cubren el pudor y la reserva, cualidades hijas de la civilización. En cuanto á los robos y despojos, mucho han cedido ante la mayor seguridad personal. Repito que esta especie de armonía moral que va estableciéndose no puede notarse en los individuos, sino en la muchedum-

bre. Volvamos del revés la famosa frase de «canóniga buena y cabilda mala». La cabilda no puede negarse que va mejorando, aunque haya cada canóniga tan empecatada que tiembla el misterio.



Fernán Caballero en sus últimos años.

IV

LA ARISTOCRACIA Y LAS LETRAS.

¿Sobre qué parte de este cuerpo social que no me parece tan gangrenado recayó el zurriagazo del Padre Coloma?

Sobre la misma á que el Padre Mon había aplicado el botón incandescente de la homilía que le costó el destierro. Sobre la aristocracia, especialmente la de sangre.

Ya en las historietas publicadas por el Padre Coloma antes de salir á luz los dos tomos de *Pequeñeces*, podía notarse un matiz de indulgencia con la plebe, y bastante pesimismo respecto á las clases pudientes, elevadas, linajudas y conservadoras. En *El Primer baile*, relación curio-

sa donde se mezclan las sales andaluzas con las alucinaciones de un Edgardo Poe tonsurado, personificación de la frivolidad y la ceguedad es una marquesa, de la estupidez y brutalidad moral un duque. En *Polvos y lodos*, con admirable donaire, se flagela á la juventud aristocrática, que sobre la gloriosa cimera del antepasado que adornó la mano de Isabel la Católica con corona condal, aplica una montera de torero. En *La Maledicencia*, otro duque, digno compañero del de *El Primer baile*, ronca ahito y recuerda «con cierta fruición belicosa», y como única impresión de su vida militar, el haber olido la pólvora de los castillos de fuego que por entonces se quemaban en las regias fiestas. En *La Gorriona*, las casas del gran mundo donde se reúne la crema, salen equiparadas en sus resultados á las romanas *fórnices*, y la imprevisora dama que congrega á sus amigos para proporcionarles un rato de solaz, comparada á la infame vieja zurcidora de voluntades....

En *¡Era un santo!* la mano del novelista es, si cabe, más dura, y su palmeta levanta verdugones más crueles en las espaldas de las clases acomodadas y directivas. Más crueles digo, porque la sátira no va contra vicios ya registrados oficialmente, sino contra esas burguesas virtudes que concilian el respeto de la multitud, y que el austero religioso considera solapadas formas de la sensualidad pagana: contra una familia que los seglares juzgaríamos excelente, al verla unida por «uno de esos cariños grandes y profundos, pero que, desprovistos de toda idea sobrenatural, podrían muy bien llamarse *paganos*: sentimientos blandos, pegajosos, sensuales, que no parece sino que salen de la carne y van á parar á la carne, como si fueran las moléculas y no los espíritus los que se atrajesen y amasen». El alegato del jesuíta contra esa familia muelle y carnal se formula por boca de Sancho Ortiz, personaje muy bien planteado en cuatro plumadas. «Ni

yo soy náa, ni náa me importa.... Pero me gusta ver á las obras acordes con las ideas.... Si un cristiano se muere, que le lleven un cura ; y si se muere un egipcio, que le lleven una vaca, para que se agarre del rabo y muera contento.... Pero lo que no entiendo es á esta gente devota.... una barbaridá de novenas, una barbaridá de golpes de pecho, y luego llega la muerte y se asustan del cura.... Pues, ¡caramba! Si creen, ¿por qué no obran? Y si no obran, ¿qué demonche es lo que creen?» Según mis noticias, por razones análogas increpaba el Padre Mon á sus elegantes devotas: «Hoy venís aquí llenas de aparente contrición, bajando la cabeza, sombreado el rostro por la blonda del velo...., y ayer noche, en la representación del *Demi-monde*, vestidas de claro, escotadas, engalanadas, impúdicas, os mofabais de Cristo.... ¡Donosos ejercicios espirituales!» La misma idea domina en *Pequeñeces*, obra de sangrienta y quemante sátira, pero no dirigida

contra los impíos, los librepensadores ni los indiferentes, sino contra los creyentes á medias, aquellos *tibios* anatematizados por el Evangelio; los que en el orden político hicieron la Restauración, y en el moral la componenda, el *chemin de velours* de Escobar; los que encienden «á Dios una vela y al diablo todos los colmenares de la sierra».

En estos últimos años, la literatura se ha conjurado y sublevado contra las clases aristocráticas. La novela intentó repetidas veces estudiar (?) costumbres de la gente elegante; novelistas de mayor y menor cuantía metieron la hoz en ese campo, siempre con propósitos satíricos, sin lograr satisfacer á los jueces imparciales y conocedores del terreno, y aun disgustándoles con errores hijos de indisculpable inexperiencia y extraño capricho de la voluntad. Porque el único ciudadano que no tiene derecho para afectar que se desvía de los salones, es ciertamente el que aspira á pintarlos; y este canon pe-

rogrullesco, no de la estética realista, sino del humilde sentido común, se les olvidó á ciertos novelistas españoles, los cuales obraron como aquella guisandera que, para aderezar un gallo con arroz, omitió retorcer la pescueza y arrancar las plumas al animalito....

Entre estas novelas modernas, escritas con el fin de satirizar á la aristocracia representándola como en pleno Bajo Imperio, se destaca, por la importancia literaria de su autor, *La Montálvez*, de Don José María de Pereda. Los que sabíamos que el ilustre costumbrista santanderino iba á escribir de memoria, desconfiamos de *La Montálvez* antes de leerla ; y nuestra desconfianza se convirtió en triste certidumbre al recorrer las páginas de la supuesta sátira de los vicios cortesanos y comprobar que el autor daba, como suele decirse, una en el clavo y ciento en la herradura. Ya iba el público dudando de que nadie acertase á describir medianamente la sociedad aristocrática , y jus-

tificaban sus recelos, de un lado los des-
aciertos anteriores, de otro la singular
teoría, sostenida hasta por personas tan
discretas como el crítico barcelonés Ixart,
de que para pintar duquesas no conviene
lo indispensable para estudiar á las aldea-
nas y maritornes: aproximación, asimila-
ción artística, impresión directa. El pro-
cedimiento me recordó cierto diálogo que
sostuve con un religioso, el cual goza fama
de docto, y en otras cuestiones no diré
que no lo sea. Me hablaba él con repro-
bación de las obras de cierto famoso dra-
maturgo, asegurando que allí se hacía
«la apoteosis del amor libre». Pregunté
asombrada que en cuál había leído mi
interlocutor esa apoteosis, y respondió-
me con desdén: «Yo no tengo tiempo
para perderlo en leer tales cosas».

Sin embargo, los que habíamos leído
y apreciado *El Primer baile*, *Polvos y*
lodos, *La Maledicencia*, *La Gorriona*,
¡Era un santo!, abrigábamos el presen-
timiento de que si su autor escribiese

una novela larga de alta sociedad, la novela sería—aunque cruel y desolladora como aquellos cuentecillos que son otras tantas *guindillas confitás*,—fiel, exacta, observada y vivida, por lo cual el Jesuíta autor de las consabidas historietas estaba llamado á romper el maleficio ó nudo de la novela aristocrática. Tan lejos anduve de emitir por mero espíritu polémico esta afirmación, que hace cosa de tres años, volviendo de visitar en el Colegio de Chamartín al Padre Coloma, platicábamos mi amigo Luis Vidart y yo sobre la aptitud que mostraba el Padre para describir la vida elegante *desde dentro*, á fuer de persona familiarizada con ella; aptitud que comparábamos á la del conde Tolstoy, novelista que también revela, en sus cuadros del gran mundo, una naturalidad exquisita, un aplomo de buen género, muy diferentes del azoramiento y disimulado malestar ó la familiaridad grosera del intruso. En los primeros momentos de haberse publicado

Pequeñeces, se le reconoció con bastante unanimidad este mérito, aunque luego se le regateó por varios móviles, principalmente políticos. La cuestión ha ido degenerando, de literaria, en política y social: sin embargo, el concepto más fuerte que he oído del Padre, es que *exagera*: que vaya á ciegas, nadie lo cree.

Y es que aquí hay un error, insidioso y difícil de rebatir á primera vista: confundir el mayor ó menor conocimiento del mundo aristocrático con el uso que el Padre hace de ese conocimiento. El Padre Coloma procede por *selección censoria y satírica*, excogitando *casi siempre* de los datos, recogidos indudablemente en persona, lo peor, lo más negro, lo más á propósito para su nuevo *Tizón de la nobleza española*. Los datos son exactos *en sí*: sólo que, agrupados hábilmente, colocados á cierta luz y con cierto realce, producen efecto empeorativo, hacen á la alta sociedad más fea de lo que es para quien la considere en

su conjunto, mixto de bastante bueno, mucho malo, y muchísimo indiferente ó venial. Este procedimiento no puede equipararse al de los que pintan sin modelo vivo, y, por consiguiente, reconociendo que el Padre recarga, hay que salvar la realidad del fondo. Como el Padre han procedido los demás satíricos. Quien lea á Juvenal y á Persio se figura que en Roma no había sino vicios é iniquidades. «¿He de recordaros—escribe el tantas veces citado Rubió—que cuando Apuleyo y el griego Luciano reíanse, como quienes los tenían por irremediables, de los males de las sociedades paganas, la religión del Crucificado llevaba ya muy adelantada la transformación del mundo antiguo, y habían desaparecido para no pocos —prueba de la eficacia del remedio—multitud de las graves enfermedades por Juvenal denunciadas y creídas incurables?»

V

LA DECADENCIA ARISTOCRÁTICA.

Al poco tiempo de haber sido destronada Isabel II, y cuando más agitaba á España el tétanos revolucionario, mientras parte de la nobleza de provincia y masas inmensas de pueblo se unían y alzaban tomando por bandera el nombre de Carlos VII para promover una verdadera guerra religiosa, la aristocracia residente en Madrid ó lanzada al extranjero por los vendavales políticos, preparaba, conspirando tras los biombos, el triunfo del colegial teresiano. Alentaban en esta aristocracia alfonsina—y lo presenta muy de relieve el Padre—gran

número de aspiraciones tradicionales de la España antigua, debilitadas y combatidas, no por la franca aceptación de una nueva marcha social, no por un generoso espíritu de libertad, fraternidad y progreso, sino por el escepticismo, la frivolidad y el ansia de goces de la sociedad moderna. Si ascendiésemos pedantescamente por la historia arriba, diríamos que nuestra aristocracia fué predestinada á esta decadencia desde el siglo xvi, cuando la monarquía arrasó castillos y fortalezas y decapitó al feudalismo en el mariscal Pedro Pardo, y rompió el lazo de unión entre el pueblo y los nobles ahogando en sangre las Comunidades de Castilla. Los nobles fueron convirtiéndose en palaciegos, y la tizona matadora de infieles en espadín incrustado de nácar. En España—si exceptuamos á Galicia, Cataluña y Aragón—nunca el feudalismo pudo levantar cabeza: los reyes vigilaban dispuestos á cortársela, y les ayudaba en su tarea el genio profundamente democrá-

tico é igualitario de la gente peninsular. Vuelto el león feudal en doméstico faldero, los reyes sumaron la adhesión de los nobles á la del populacho, y el absolutismo monárquico echó lentamente raíces, extendiendo sus negras ramas hasta dar por venenosa flor el fanatismo servil de los primeros años del reinado de Fernando VII. Al *absenteismo* que dejó desmoronarse ó pasar á ajenas manos tanto romancescocalcastillo, tanto palacio,—como el soberbio del Infantado en Guadalajara que acabo de admirar,—unióse la desvinculación, que fué un nuevo elemento disolvente, y forzó á la aristocracia, mal de su grado, á estercolar los blasones ó á decaer del rango, que conservaba, por medio de fastuosa opulencia, los restos de su prestigio como clase.

De tan largo período de enervante vida cortesana; de tantos años de dorada inacción; de los cambios políticos y legislativos que á cada paso fueron disminuyéndola, tenía que salir la aristocra-

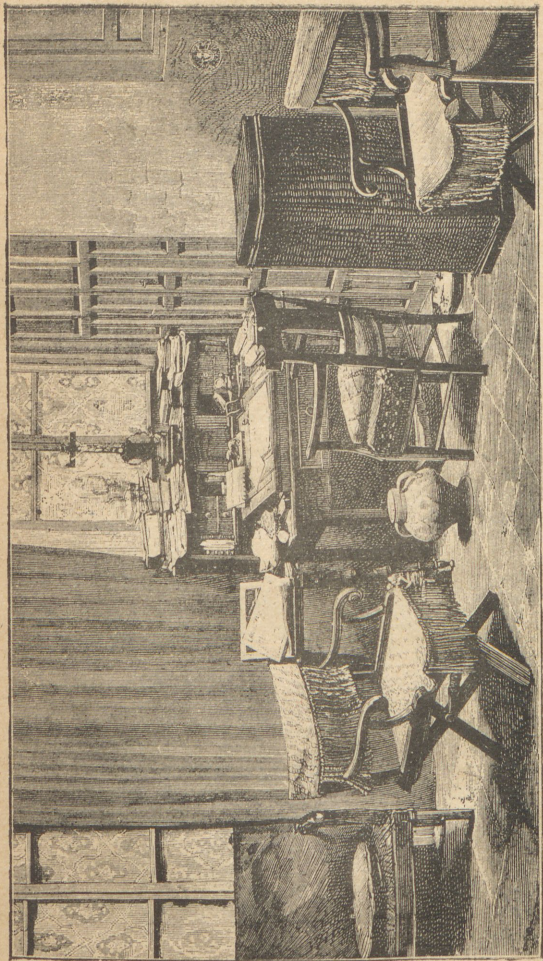
cia en el estado en que la encuentra el Padre Coloma; sin norte fijo, con creencias religiosas medio dormidas en el alma, con una devoción de cascarilla y buen tono, pero incapaz de austeridades, abnegaciones y sacrificios; con un monarquismo frondista, con cierta relajación de la fibra que se traduce en pactar, transigir y cerrar los ojos, con ingénito desvío hacia todo lo grave, fuerte y radical, con el vago miedo al infierno y el horror á la cursilería por preceptos fundamentales del Decálogo. No obstante, esta clase, ornato del trono, aprovechando el hastío y cansancio de la nación, su repugnancia á la dinastía extranjera, el despertamiento del espíritu religioso, minó con su retraimiento y sus pullás y manifestaciones hostiles el solio del duque de Aosta, y preparó tan grave suceso como la vuelta de la *raza espúrea* del famoso pasquín.

Novela que aspire á aplicar el cauterio de la sátira, ó siquiera los procedimien-

tos del análisis á una clase social, debe ante todo proponerse la resolución de estos problemas: — ¿Se diferencia esa clase de las demás en algo esencial é íntimo? ¿Se desarrolla en ella un germen de infección que en las otras no encuentra propicio terreno? Los pecados que en ella solicitan la vena satírica, ¿son más veniales en las otras? — Á un observador perspicaz como el Padre Coloma, no puede escapársele ese microbio, ese *mal* característico de la aristocracia española en los últimos cuarenta años; esa lesión de la energía moral que, no permitiéndole mantenerse fiel al ideal del pasado, las instituciones de derecho divino y la unidad religiosa, le impide también aceptar con franca resolución el del presente y soñar el del porvenir. El alfonsismo conservador, este es el pecado de la aristocracia para el antiguo conspirador de Sevilla. *Pequeñeces* es la picota de la Restauración.

Sólo tomando al Padre Coloma por lo

que nunca será, por tonto, se le puede atribuir que, descartado ese cargo político-social que desde su arrepentimiento formula, crea en el fondo del alma que la depravación moral es mayor en la aristocracia que en la clase media ó en el pueblo. Mejor que nadie comprende el Padre que ciertos vicios y flaquezas inherentes á la naturaleza humana no son patrimonio de una clase. Los dos procesos célebres á que se refiere Castelar en su juicio sobre *Pequeñeces*, nos han proporcionado curiosos y repulsivos datos acerca del estado moral de la clase media y del pueblo. En esa dolorosa comprobación hemos encontrado hasta los síntomas morbosos que se consideran propios de las épocas de refinamiento más bizantino: aquellos que como gravísimo y nefando horror se susurran al oído, para probar la desmoralización de la gente elegante en centros sibaríticos como París. Hemos visto desfilar, luciendo sombrero chulesco ó ceñido mantón, manteleta de azabaches ó



Estudio de Fernán Caballero,
donde Luis Coloma recibió las primeras enseñanzas literarias.

prosaico gabán, á Nerón, á Agripina, al imbecil Claudio, á las Safos del arroyo y á las Mesalinas de la escoba.... El fango ha subido á borbotones desde abajo, más fétido que si se despeñase desde arriba.... ¿Quién no lo recuerda?

La concupiscencia carnal (hablemos en lenguaje de confesonario) no reconoce categorías, difiriendo sólo en las formas más ó menos groseras que reviste; y si se ha de juzgar de la moralidad de una clase por la conducta de sus mujeres, las damas de la nobleza española, prescindiendo de contadas excepciones, dejan bien puesto el pabellón. Prepondera lo sano, y el mismo Padre Coloma se ve obligado á reconocerlo. Vino, juego, ira y gula, sea á lo fino ó sea á lo zafio, pululan doquiera. La soberbia tampoco es pecado de nobles: cualquier *parvenu* se fincha más, á los dos días de calentar una poltrona, que los grandes señores, por regla general llanos y atentos. De otro género de inmoralidad muy frecuen-

te, la venalidad política y administrativa, no es en la nobleza donde se advierten los estragos, sino en la mesocracia. Casi diría que este es el *mal* privativo, el microbio de la clase media, dentro del régimen representativo. Las *Pequeñeces* políticas que podrían escribirse aquí, arderían en un candil, y acaso no serían creídas al verlas impresas, por más que diariamente corran de boca en boca, y, á diferencia de otros deslices,— que no pueden atestiguarse porque no pueden verse,— estos salten á los ojos y aparezcan, ya en la prensa, ya en la Cámara, insolentes y procaces.

Repito que el Padre no ignora nada de lo que voy advirtiéndolo. La prevaricación esencial de la aristocracia no consiste, para él, en infracciones del Decálogo, sino en la aceptación de la legalidad vigente, de la Restauración, *bajel turco con bandera cristiana*. Su delito consiste en haber fallido á su misión, aviniéndose á las transacciones, la *amalgama* con

los elementos revolucionarios, la libertad de cultos, la desamortización sancionada, la Iglesia, cada vez más segregada del Estado. Respecto á costumbres, el Padre es más explícito que pudiera ser ningún defensor por sistema de la aristocracia. Léase el diálogo entre la marquesa de Butrón y la marquesa de Villasis. En Madrid *hay un lodazal*, pero no es lodazal todo Madrid ni mucho menos.... «y al quedar deslindados los campos, la lógica de los números metió la mano inexorable en el *dessus du panier* del gran mundo, y sacó tan sólo catorce mujeres perdidas por ciento veinte mujeres honradas». «Un periódico regañón—dice en la misma página—hizo, sin embargo, de las damas de aquel tiempo otra subdivisión distinta. Bastantes buenas. Pocas malas. Muchas que, siendo de las primeras, se parecen á las segundas.»

VI

EL REMEDIO DEL PADRE.

Ese periódico regañón, ¿sería por casualidad *El Siglo Futuro*, donde el Padre Coloma ha sido alzado sobre el pavés como rey de la novela española?

Entre las páginas más curiosas que salieron á luz con motivo de la algarada de *Pequeñeces*, creo que debe contarse la conferencia publicada en *El Herald* de *Madrid* con D. Pablo Morales; personaje muy conspicuo del partido carlista. *El Herald*, atentísimo á las cuestiones de actualidad, revoltoso y partidario de servir á sus lectores, más que el eterno é indigesto bodrio político, las golosinas

de la literatura, abrió, como todos saben. un juicio contradictorio, donde se dijeron muchas cosas más ó menos oportunas sobre la novela del Padre Coloma. Cerrado ya el palenque, un discurso pronunciado en las Cortes por Nocedal, jefe del partido integrista, y admirablemente contestado por Silvela, dió ocasión á que *El Heraldo* interrogase al Sr. Morales sobre el efecto producido entre los carlistas puros por el giro del debate parlamentario: y el Sr. Morales emitió una opinión que, con sólo cambiar nombres, me parece exactamente aplicable á *Pequeñeces*. «Los discursos de Nocedal—dijo—no han causado en el partido carlista ningún efecto trascendental y hondo. Nos divierten mucho; nos regocijamos viendo cómo fustiga, con su gran ingenio y su acerada sátira, á los liberales de todos los matices, y especialmente á los mestizos; pero nada más. Armará escándalos, promoverá copiosos y divertidos incidentes parlamentarios, hará chistes.... y acabóse.» ¿Ver-

dad que poniendo *Coloma* donde dice *No-cedal*, y restauradores donde dice *mestizos*, el juicio cuadra exactamente al libro que representa en nuestra literatura el integrismo en la novela?

La analogía es tan evidente, que á renglón seguido la especifica el mismo Sr. Morales, diciendo claro lo que todos oíamos silabear bajito desde algún tiempo á esta parte: á saber, que el espíritu dominante en la Compañía de Jesús es el integrismo, lo contrario de los temperamentos de atracción, suavidad y prudencia en que el Episcopado se inspira, y cuyos efectos prácticos son del todo favorables al desarrollo y prosperidad de las Ordenes, y á la repoblación de nuestros abandonados monasterios. Que esta tendencia prevalece en la Compañía, lo prueba el Sr. Morales con datos de la lucha electoral, y á la vez, atribuyendo quizá excesivo alcance á la famosísima novela, ve en ella, en el rudo azote que vibra contra las altas clases y la restau-

ración monárquica, un indicio de vastos proyectos de comunismo católico ó socialismo teocrático; una especie de proyecto de falansterio jesuítico, que siquiera por curiosidad nos alegraríamos de ver establecido algunos años.

Sea de esto lo que quiera, y tengan ó no tengan fundamento las suposiciones del Sr. Morales, ello es que, en *Pequeñeces*, el Padre Coloma no ofrece para el problema político soluciones positivas que consuelen de su crítica negativa y despiadada. Para el problema de la inmoralidad social elegante sí que nos brinda un remedio integrista legítimo, un sistema de extremada aparente lógica, que aplicado á la realidad resulta el absurdo mayor. Ya en otra ocasión, al oficiar de misionero y no de crítico, expidiendo un certificado de buena conducta á La Montálvez, había dicho el Padre que «en la imprudente ligereza y vergonzosa condescendencia con que en esta clase de mundo (la aristocracia) se mezcla la mujer honrada con la

hembra indecente, es donde estriba el mayor mal de esa sociedad». El método curativo recomendado por el Padre es, en mi concepto, uno de los lados flacos de su novela, y ya que por otros estilos la he encomiado y encomio, debo insistir en este error, comparable á ciertos proyectos de reforma, no menos irrealizables, del conde Tolstoy, el gran novelista ruso.

Quiere el Padre que se prevenga la gangrena social como se prevenían en la Edad Media las pestes : aislamiento, cordón sanitario, *boycotage*, que la manzana sana no se acerque á la podrida.... Con este objeto ha de haber ciertas sociedades y saraos donde sólo tengan entrada las señoras de intachable conducta y los caballeros decentes ; ha de haber asimismo una mujer de prestigio y energía que, cerrando los ojos á indecorosos respetos humanos y á culpables condescendencias sociales, funde « por amor de Dios » el *salón de refugio*, donde puedan tender sus alas la inocencia y la virtud.—

Los inconvenientes de este remedio ideado en la soledad claustral, ya los indiqué en mi estudio sobre el Padre Coloma publicado en el *Nuevo Teatro Crítico*, y los reforzó, con todo el peso de su mundología, D. Juan Valera. Decía yo que faltan términos hábiles para fundar esa clasificación rigurosa de «hembras indecentes y mujeres honradas», que el Padre establece con imperturbable radicalismo; porque aparte de los infinitos matices, de la amplia *zona intermedia*, aun suponiendo que sólo existiesen mujeres impecables ó pecadoras incorregibles, la sociedad, que no sondea los riñones, ni ve los corazones, ni anda levantando, á guisa de Diablo Cojuelo, los techos de las alcobas, estaría siempre expuesta á trocar, como suele decirse, los ojos por el rabo. No puede la sociedad distinguir sino entre el *escándalo público* y el *respeto á las conveniencias* ó decoro externo: así es que el gran consejo moral del Padre viene á concretarse — sin querer — en este axioma

mefistofélico : «Salva las apariencias, sé lo bastante cauto, y ya estás libre de mi castigo.» La pecadora que reuna al pecado el disimulo y la hipocresía, podrá dar muy donosos chascos á la Villasis. Y aun sin mediar hipocresía, la Villasis se verá en doscientos mil compromisos. Figurémonos que un sobrino suyo muy querido va agregado á la embajada de Rusia, y se casa allí, y vuelve al cabo de algunos años, y por derecho propio entra dando el brazo á su mujer en los salones de su señora tía, accesibles únicamente á las damas honradas, etc. ¿Qué hace la Villasis? ¿Admite de buenas á primeras á la sobrina moscovita? ¿La rechaza mientras no escribe á San Petersburgo para averiguar sus pasos y vida anterior? ¿Y si la admite y á los dos días, por otro agregado, ó por el Preste Juan, se entera de que la nueva parienta, allá en los dominios del Czar, no observaba la mayor corrección y medida? ¿Y si la pobre la observaba, y el agregadito la

calumnia, despechado precisamente porque ella no accedió á sus atrevidas pretensiones? Vamos, que no es canonjía el cargo de la Villasis, ni grano de anís el *salón de refugio*.

Pues ¿y lo de los «hombres decentes»? Ahí sí que conviene cargar la consideración, porque tiene más intrínquilis de lo que parece la cosa. Lo primero que se ofrece averiguar es si la decencia de los hombres la hace consistir el Padre en lo mismo en que funda la honradez de las mujeres: porque, en este caso, bien puede la Villasis poner un cartel diciendo que recibe *señoras solas*. Pero es evidente que el Padre no piensa así: es evidente que el Padre, al querer introducir en los usos sociales tan profunda y trascendental reforma, parte, sin embargo, del mismo criterio de la sociedad, la cual anatematiza con severidad implacable en la hembra acciones que ríe y celebra en el varón. Para el Padre no dejan de ser decentes los caballeros que desacatan sin

cesar los dos mandamientos del Decálogo señalados con los números VI y IX, y así el integrista de la novela paga tributo á ese anticristiano dualismo de la moral, que aplica á cada uno de los dos sexos un extremo opuesto del embudo. Si el Padre Coloma hablase como hombre de mundo, ese dualismo sería tolerable; pero dado el espíritu integrista y puritano que pretende infundir, no se concibe que empiece por aceptar de plano la más inmoral é ilógica de las inconsecuencias sociales. Aceptémosla nosotros también, provisionalmente, y echémonos á adivinar en qué consiste la decencia de los hombres. Si es independiente de las cuestiones sexuales, consistirá en el cumplimiento estricto de otros deberes, en la intachable probidad, en el desprendimiento, en la magnanimidad, en la seriedad y utilidad de la vida, en la consecuencia política, en la lealtad amistosa, en la veracidad estricta, en la honradísima gestión de los negocios públicos, en.... ¡Basta..., y dí-

ganme por Dios cómo estaría de caballeros el salón de la Villasis!

El Padre desearía algo semejante á las antiguas reprensiones públicas. Esos tiempos han pasado para no volver: nuestras costumbres, no peores que entonces, son más benignas, y el espectáculo de la afrenta nos mortificaría como mortificaban las penas infamantes en los Códigos. Esto no significa que á nadie que tenga un poco de seso le guste llenar su casa de gente sospechosa. La sociedad ejercita lo que puede llamarse *selección defensiva*; pero con cautela, con moderación, sin peligrosos alardes. Si eso es lo que propone el Padre, eso ya se está practicando. Pero no es eso, sino una especie de inquisición social, que se basaría en la soberbia más luciferina, como dice muy bien el autor de *Pepita Jiménez*. ¡Qué mano habrá que no se abra al contacto y no se doblegue al peso de aquella *primera piedra* que no quiso arrojar Jesús!

VII

DE LO VIVO Á LO PINTADO.

Otra objeción se me ocurre ponerá la severidad del Padre, y es que esa tolerancia externa y social con el pecado más público no es patrimonio exclusivo de las tertulias elegantes ni de las clases elevadas ó acomodadas. Individuos muy respetables del alto clero y religiosos que acaso vestían la misma sotana que cubre al misionero novelista, han tenido que extremar, por respetos humanos, y hasta por miramientos de otro orden, la transigencia con personajes en quienes suponían que el modo de vivir, más ó menos ortodoxo, no amenguaba las «bue-

nas ideas» manifestadas, á falta de santidad, por medio de larguezas ó de poderosa acción en el sentido conveniente á los fines religiosos. Esto hay que indicarlo como pasando sobre ascuas, y no hay que censurarlo, porque la Iglesia tiene su política humana, política de atracción á que la compele la marcha de los acontecimientos. *Transigir* no es *sancionar*, bien lo sabe el Padre Coloma como gramático y como teólogo.

No fueron los Butrones los únicos á barrer para dentro. El Padre no perdona á la Restauración el que para salvar la monarquía, ó, mejor dicho, una rama dinástica, haya arrojado por la borda, como lastre incómodo, la unidad católica de estos reinos. Pues bien: la Restauración encontró una de sus primeras garantías de estabilidad en la venida del Nuncio, cuando aún latía la insurrección carlista, que era en rigor un alzamiento religioso, una *chuanería* desesperada, batiéndose por sostener esa unidad que la Restaura-

ción quebrantó definitivamente en el terreno constitucional (aunque de hecho no prevalezca en España otra creencia sino el Catolicismo).

No es del caso aquí vindicar ni condenar la Restauración y la Regencia, que han tenido sus ventajas para España—ventajas de carácter emoliente y sedante—y sus graves inconvenientes, menos visibles que las ventajas, pero que irán saliendo á luz. Situándome en el punto de vista del Padre Coloma, he de decir, sin embargo, que llevan razón los que ven en *Pequeñeces* notorias injusticias. Á la sombra de este régimen, la Compañía florece y se arraiga; sus magníficos establecimientos de enseñanza están libres del vandalismo que en otro tiempo los devastó; sus residencias no son inquietadas, á no ser por caso fortuito é independiente de la voluntad y acción personal del gobierno. No insistiré en lo que tantos repiten: que la aristocracia tiznada por el Padre se ha educado en colegios de Jesuítas,

y á ellos sigue mandando sus hijos ; sólo diré, porque los hechos generales á nadie ofenden, que los Jesuítas no son una Orden popular, al menos en las provincias donde yo he podido conocer los sentimientos del pueblo ; que, al contrario, existe contra ellos cierta inquina que al menor roce se exalta y rebosa en calumnias, groserías y feroces ataques ; y que la única clase que habla de esta Orden ya con respeto cortés, ya con veneración profunda y sagrada, es la aristocrática, ó la acomodada, que con la aristocrática se roza y confunde.

Uno de los pasajes más comentados de *Pequeñeces*, es el episodio de la visita de la condesa de Albornoz al colegio y santuario de Loyola. Al pasar cerca del monumento, la dama pretende visitarlo, pero se le niega la entrada, en una epístola que Valera califica de «insultante y feroz». Este rasgo de integrismo social, llevado hasta el heroísmo de la descortesía, no lo ha creído nadie (fuerza es con-

signarlo en honor de la Compañía de Jesús). Se murmuró (¡qué no se habrá murmurado sobre *Pequeñeces!*) que está tomado de la realidad, que el caso es auténtico, que la víctima fué ésta ó la otra dama principal. No lograron las murmuraciones persuadir de que tan inconsiderada acción la hubiesen perpetrado hombres, españoles, sacerdotes, personas que tienen el deber de ser cultas. Un amigo mío, hombre político y aristócrata, me decía, al platicar sobre esa página de la célebre novela : «Figúrese V. que en vez de llegar al Santuario Currita Albornoz sola, llega con un personaje político, un hombre de Estado próximo á desempeñar altísimos puestos, ó que los desempeña ya (el Buey Apis, por ejemplo): ¿cree V. que entonces se le cierran las puertas? Figúrese V. que Currita, en vez de ser Currita á secas, es además de *Currita*.... princesa de sangre real, individuo de una familia reinante en algún país extranjero. ¿Cree V. que aunque tenga peor

nombre que la Cava, no se le abren las puertas de par en par? Pues lo que se concede al poder y al nacimiento egregio, no se le había de negar tan injuriosamente á ninguna señora. Currita, tén-galo V. por cierto, entró en Loyola, estuvo muy correcta, rezó ante la efigie de San Ignacio, y los Padres, después de hacerle el moderado agasajo natural en religiosos, se quedaron pidiendo al Señor para que la convirtiese, si en ello era servido.»

Otro problema de *Pequeñeces* y de las narraciones anteriores del Padre Coloma, es el que se enlaza con las sociedades francmasónicas y su influjo y acción en los acontecimientos políticos y sociales. En general se ha considerado que el Padre exagera y acumula, como exageró y acumuló al retratar las costumbres aristocráticas. Yo también me inclino á creer que no es tan fiero el león como lo pintan, y que nuestro régimen de libertad política ha anulado las sociedades secretas, influ-

yentes y fuertes bajo los sistemas de represión y terror. Algún hecho de la historia contemporánea podría citar el Padre Coloma en apoyo de su tesis, pero son casos aislados, y la voz pública ve en ellos algo más que sentencias masónicas, pronunciando á media voz dos versos célebres :

El matador fué Vellido,
Y el impulso, soberano.

Mientras no se disipen estas nieblas de la historia, la acción de la masonería desde la Revolución de Septiembre seguirá prestándose á míticas consejas, y ofreciendo ancho campo á la fantasía. Lo indudable es que el influjo masónico, por lo regular propio de melodrama, es en manos del Padre Coloma un recurso dramático de primera fuerza. Sombrío espanto infunden los capítulos en que Jacobo penetra en la Iglesia después de haber visto á los dos sicarios, y en que el puñal de

éstos castiga la infidencia del noble masón. Así el artista nato convierte en oro los oropeles de mal gusto, y encuentra hermosura donde sólo veíamos escoria, buena para narraciones por entregas, ilustradas con sus cromolitografías inevitables.

VIII

ANTECEDENTES LITERARIOS.

Y ya es hora de que consideremos al artista, dando de mano á las demás cuestiones que suscita *Pequeñeces*.

Con el Padre ha sucedido un caso digno de nota. Aunque en sus historietas anden esparcidas las mismas ideas que tanto ruido metieron en *Pequeñeces*, las historietas pasaron inadvertidas para la crítica ruidosa y para el grueso de la gente literaria. Fray Conrado Muiños, en un notable artículo publicado en *La Ciudad de Dios*, llega al extremo de asegurar que, «fuera de la Sra. Pardo Bazán y de la prensa religiosa, ninguno de los que en Madrid presumen de dar el tono y de vi-

vir al día en asuntos literarios tenía conocimiento de las obras ni del nombre del Padre Coloma». Si la afirmación no es completamente exacta, por lo menos es indiscutible que el público muy numeroso del Padre se componía en su casi totalidad de gentes devotas, y que su nombre no rodaba por la prensa. De súbito, al publicarse *Pequeñeces*, recorrió en pocas semanas el Padre las etapas sucesivas que suele recorrer un escritor de mérito y alientos, en diez, doce ó quince años de trabajo: gradación casi tan infalible como la de las edades de la vida humana, niñez, juventud, virilidad, vejez.

Primero la aparición, el estreno, con la grata sorpresa y la bienhechora sensación de fresca que causa lo nuevo, lo inesperado, lo desconocido: período en que todo sonríe, en que hay una frase de bienvenida en cada boca. Luego, la admiración ya más consciente: el lisonjero murmullo reforzado por el aplauso estreitoso. En seguida, el movimiento

de reacción, el entendimiento regateándose á sí mismo el placer, el examen frío y aun hostil, el recelo de la competencia ó el apego á viejas devociones que la nueva tal vez amenaza, los intereses lastimados, las convicciones heridas, las oposiciones temperamentales, el prurito de emitir voto particular, el pesar del bien ajeno, mil razones, unas honradas, otras indiferentes y otras bellacas, tratan de hacer retroceder la ola, de disputar el terreno conquistado, de limitar la alabanza y de afilar la censura. Este período generalmente es largo, pero le sigue otro en que, depurada y sosegada la opinión, madura la crítica y depositado el sedimento de sus impurezas, se administra justicia y cada cual ocupa el puesto que merece. Este último período no ha llegado aún para el Padre Coloma: hoy está en la plenitud del penúltimo. El ruido inverosímil que armó *Pequeñeces* le hace vivir casi una vida de autor en sesenta días.

El Padre Coloma, ó, mejor dicho, Luis

Coloma, comenzó por *fernánista* como sabemos. En una novelita ó narración, reproducida después con variantes, bajo el título de *Juan Miseria*, en más de un pasaje colaboraron la maestra y el discípulo. Prenda de su cariño y veneración profunda hacia Cecilia Böhl de Faber es una de las narraciones de la colección titulada *Lecturas Recreativas*, que vió la luz en 1887,—*El Viernes de Dolores*. Por ella, no sólo conocemos un caritativo rasgo de Cecilia, sino la curiosa silueta de su ancianidad, y vemos á la escritora en la capilla donde se celebraba el quinario del Santo Cristo de la Expiración, con su mantillita, su traje negro y modesto, sus ricitos á lo *nene* y su banco de tijera pendiente del brazo. Fresca aún la impresión producida en el alma del estudiante de Derecho por la gloria y la autoridad moral de Cecilia, la narración citada y otras del tomo parecen caídas de la pluma de Fernán en sus días mejores, cuando aún no la hicieran temblar los años.

Sin embargo, la personalidad del joven escritor había de sobreponerse á aquellas influencias de la juventud. Después de haberse acogido al claustro, pasados los primeros tiempos, que pueden llamarse luna de miel de la vocación, los recuerdos del pasado cristalizaron lentamente en el cerebro del jesuíta, y al dejar atrás la época de graves trastornos que atravesara, el *ayer* de sus mocedades fué adquiriendo artística forma. Supongo que en la Compañía de Jesús sucederá lo mismo que en las demás Ordenes religiosas : nadie escribe, y sobre todo nadie publica un renglón sin que lo lean y releen agudos y reparones teólogos, y sin que el Superior le otorgue el pase. Tal vez ni al mismo Coloma se le ocurriría reanudar su trato con las letras, si, fieles á su costumbre de aplicar á cada jesuíta á la labor para que mayor aptitud revela, no le hubiesen impulsado sus propios maestros á recordar las habilidades de otro tiempo, para fines edificantes y

á mayor gloria de Dios. El Padre Coloma debió de volver á las andadas sin más objeto que animar las páginas del *Mensajero del Corazón de Jesús*. Lo da á entender así en el prólogo de *Pequeñeces*, donde dice á un supuesto lector pío por antonomasia: «No todos los suscritores del *Mensajero* son como tú piadosos y espirituales; en sus listas, numerosísimas hasta un punto increíble para lo que suelen ser estas cosas en España, figuran al lado de místicas Abadesas señoras muy del mundo, y junto á congregantes de San Luis, hombres desocupados y hasta jóvenes alegres. Preciso es, pues, que toda esta multitud heterogénea encuentre allí alimento que la nutra y que la agrade....»

Yo había oído encomiar, en distintas ocasiones y á personas de muy diverso criterio, las novelitas, relaciones ó sucedidos que publicaba un jesuíta en el *Mensajero* susodicho. Confieso que, por la experiencia adquirida, había en mí

cierta desconfianza contra las novelas incluidas en publicaciones devotas, desconfianza que sólo iguala la que me inspira la literatura librepensadora de profesión. «Padre Franco tenemos, y gracias», decía al escuchar alabanzas del novelista del *Mensajero*. Poco después llegaba á mis manos uno de aquellos opúsculos, *Pilatillo*, que el autor tuvo la cortesía de enviarme ; y ya, rebosando consideración literaria, modifiqué el juicio. « Á nadie he visto más penetrado del espíritu de Fernán ; si este jesuíta *quisiese y pudiese*, facultades le sobran para dejarse atrás al modelo.» Siguió á *Pilatillo* la lectura de *La Gorriona*, y nueva rectificación de mi parte : «Esto se aparta de Fernán. Aquí hay una fuerza, una amargura, una *sabrosa hiel* que Cecilia nunca destiló. En este Padre se prepara *algo*. Dígnese el santo abogado de la literatura en la corte celestial interceder á fin de que el Superior consienta escribir largo y tendido al novelista futuro».

La publicación de *Lecturas recreativas* y *Del natural* robusteció mis presentimientos.

En *Lecturas recreativas*, sobre el fondo de las veinte novelitas que forman la colección, se destacan, como revelación de las aptitudes demostradas más adelante en *Pequeñeces*, *La Gorriona*, *Polvos y Lodos*, *La Almohadita del Niño Jesús*, ¡*Chist!*!. *La Gorriona* indudablemente se lleva la palma. Es una fábula de tal energía é intención, que el que la leyese despacio no se habrá asombrado de ninguna osadía de *Pequeñeces*. No quisiera que este elogio se entendiese como aprobación de la moraleja de *La Gorriona*. Nunca repetiré bastante que una aprobación del orden crítico no implica conformidad del orden ético. Mi criterio es amplio, amplísimo: sólo pido que el artista, impulsado por una idea, la exprese con fuerza y felicidad. Si examino esa idea á la luz de mi juicio, la admito ó la rechazo; pero el movimiento de admiración

ante el vigor y alma con que se presenta, me ha proporcionado ya todos los goces del sentimiento estético más puro.

La otra historieta *reveladora* del Padre Coloma se titula *¡Era un santo!* En ella hay caracteres y profundidad, y el problema planteado es más serio que en *La Gorriona*. No se trata de esa guerra algo pueril, de confesonario, á los saraos y bailes (distracción que para los que no vivimos en el claustro es un acto indiferente y á veces no muy entretenido de la vida social); trátase de cosa más honda, la falta de las creencias en la familia, la falta de intimidad religiosa, la sustitución de la moral fuerte y robusta que se basa en las convicciones con esa otra enteca moral doméstica, la *familiolatría*. ¡Qué analogías tan singulares noto que existen en esta cuestión, entre las ideas del Padre Coloma y las de Tolstoy, que condena por sensual el excesivo cariño á los hijos en *La Sonata de Kreutzer*!

IX

EL NATURALISMO DE «PEQUEÑECES».

No por olvido, sino por entender que requería capítulo aparte, omití entre los *porqués* de la algarada el interesantísimo *porqué* de ser *Pequeñeces* (lo mismo que algunas de sus hermanas menores las historietas) una página literaria calificada con unanimidad de *naturalista*.

El Padre Coloma ni se asusta ni lo niega. Limitase á declarar que, desde la hora en que Fernán Caballero formó su gusto literario, él, sin perder nunca de vista aquellas primeras lecciones, las varió de dirección, llevado, más que de las corrientes modernas, de impulso es-

pontáneo, que le induce á escribir exclusivamente *como le sale de adentro*; de modo que, si á alguna escuela moderna pertenece, es tan por casualidad, ó, mejor dicho, tan por coincidencia, que, á no existir esa escuela, él la hubiese iniciado.

Creámosle, como creímos á Pereda otras protestas análogas, y como se les cree á las señoras lindamente peinadas y ataviadas á la última moda que todo aquello es gracia natural, que no han estudiado las novedades indumentarias ni se han mirado al espejo una sola vez. De todas maneras, hay un hecho evidente para quien pase los ojos por los escritos del Padre Coloma, y es que su realismo naturalista, que principió por ser el *popularismo* de Fernán, es hoy el más acentuado y moderno que puede adoptar un meridional dentro de nuestra época: el que profesaría Alarcón si hubiese nacido veinte años más tarde.

Lo repetiré, aunque vuelva á incurrir



Tula Avellaneda,
á quien Luis Coloma dedicó su primera novela.

en la desaprobación de Fray Conrado Muñños : yo nunca me atrevería á esperar que á un religioso se le permitiese izar semejante bandera. En la visita que hice al Padre Coloma en el Colegio de Chamartín, la conversación versó casi exclusivamente sobre las dificultades con que había de tropezar un jesuíta para cultivar la novela moderna. Rogaba yo al Padre que acometiese sin recelo una obra de importancia, donde se estudiasen conflictos pasionales, donde ejercitase sus facultades de observación y afirmase su personalidad. Recuerdo que el Padre, con modesta reserva, con media sonrisa, inclinando la cabeza, herida de lleno por el sol de la hermosa mañana, respondía siempre : « Yo soy un misionero, no un escritor profano. De mi sotana no puedo salirme. »

Uno de los síntomas peculiares del período revolucionario fué que mudó de giro la literatura católica, tomando cierto carácter agrio y polémico, muy perjudicial

desde el punto de vista del arte. Confundidos los intereses políticos y los religiosos; afrancesado el catolicismo literario por la imitación del virulento Veuillot, cruzáronse las novelas como floretes en el asalto, y aparecieron apóstoles laicos, que, entre otros inconvenientes para ejercer su apostolado, tenían, según pública voz, el resabio de los augures del paganismo. De algún novelista entonces muy en boga y representante del *bien pensar*, repetíase una atroz blasfemia, que á guisa de chusca solía permitirse decir entre amigos. Invención ó dato real, el cuento revela que la propaganda religiosa en la bella literatura se hacía por hombres fríos, sin convicciones, sin prestigio, sin efusión de caridad. Y los espíritus sinceros que entre aquellos nuevos cruzados pudiesen encontrarse, adolecían de miras tan estrechas, de tan pacata timidez, de tal miedo y escrúpulo, que encerraban á las letras católicas en el círculo de las sacris-

tías, y no mojaban la pluma sino en agua bendita y aceite de santolio. Para ellos, sin duda, se escribieron ciertas frases del prólogo de *Pequeñeces*, donde el Padre Coloma se cura en salud, y animado de *ira literaria* se previene contra las «almas pías y asombradizas, que no han salido de esos limbos del entendimiento que engendra, no tanto la inocencia del corazón, como la falta de experiencia».

En aquel tiempo, que literariamente bien podemos llamar desdichado, el católico que escribía novelas tenía obligación de llenar estos deberes : no pintar sino amores purísimos y etéreos; premiar al final la virtud y castigar el vicio; retratar á los librepensadores con la cara tiznada de hollín; renegar del naturalismo francés, sus pompas y sus obras. Pereda no se salvó sino gracias á ciertas razones : á que era preciso oponerle á Galdós; á sus continuas protestas de no abrir los vitandos autores traspirenaicos; á que echó en el platillo de la temible balanza libros

como *De tal palo tal astilla*, y por fin á que juraba y perjuraba, que lo del naturalismo no lo hacía adrede; que, como al gaitero de Numa Rumestán, *ça lui était venu en entendant chanter le rossignol*. Así y todo, confesores hubo que prohibieron á sus penitentes leer *La Montálvez*, obligando al atónito novelista á recurrir á la sanción de los jesuítas, que autorizaron á *La Montálvez* para franquear la puerta de los hogares cristianos.

El espíritu de proselitismo en literatura tenía que caer con las circunstancias que lo trajeron. Después de tanto gritar contra el coco de un naturalismo mal conocido, peor comprendido, y acaso nunca practicado aquende los Pirineos, los escritores y doctores católicos empiezan á hacerse cargo de que no iban por buen camino al excomulgar, al desconfiar, al mutilar la vida, al condenar ciegamente novedades literarias ni más ortodoxas ni más heterodoxas que las que las precedieron. Acaso ha remanecido

en algunos cerebros directivos del alto clero y de las Órdenes religiosas, la idea, en mal hora olvidada, de que las épocas de esplendor de la Iglesia fueron aquellas en que contó en su seno, no sólo á los santos más ejemplares, sino á los artistas más eximios. Quizá se comprende hoy, ó se va camino de comprender, que hay labores de pluma tan gloriosas como la eterna refutación de Draper y el perpetuo proceso contra el liberalismo. (¡Dios de Fray Gabriel Téllez y del Padre Isla, haga tu providencia que esto no sea ilusión!)

De cualquier modo, aquí tenemos un hecho positivo, una novela indiscutiblemente realista, realista hasta un grado de crudeza á que nadie osara llegar, y sancionada por la Orden religiosa más rígida, suspicaz y desconfiada del espíritu moderno. La llamo *realista* en vez de *naturalista*, porque creo y vengo sosteniendo desde hace bastantes años (y no desperdicio ocasión de repetirlo), que el naturalismo francés, cuyo principal pro-

pugnador es Emilio Zola, se diferencia del realismo tradicional en nuestras letras, no tanto por los procedimientos, cuanto por el fondo filosófico de sus doctrinas. El que no sea determinista, fatalista y materialista, no puede aceptar el fondo de Zola, pero este fondo es lo que menos vale y significa en el gran poeta épico, y hasta es independiente del método analítico y experimental á que debe su importancia y su espléndido desarrollo la novela en nuestros días. El realismo tradicional en nuestras letras debe servirnos de base á los escritores peninsulares, y de base nos sirve, que lo confesemos ó no, porque las misteriosas raíces del pasado nadie es dueño de arrancarlas; pero el escritor actual no puede limitarse á la pincelada seca de los picarescos; necesita adaptarse á las nuevas exigencias descriptivas, narrativas, psicológicas y pictóricas. Así se explica el influjo de la escuela naturalista, en cuanto metodología literaria, influjo con-

tra el cual es sencillez ó incultura protestar.

Sabiendo las manos por que ha pasado *Pequeñeces*, era excusado advertir que, en cuanto á su fondo filosófico, nada tiene de determinista. Peca más bien—y esto se explica—de providencialista: la muerte de Juanito Velarde, la de Saba-dell, las humillaciones que Currita sufre, los niños ahogados, son otras tantas demostraciones más ó menos hábiles del *dedo de Dios*, aunque los profanos pueden considerarlas como argumentos en pro de ese determinismo de tejas abajo, no heterodoxo, sino muy justificable, que considera los sucesos de la vida resultados fatales, por decirlo así, de los actos de las personas, modificaciones consiguientes derivadas de modificaciones antecedentes.

El vulgo de los lectores no suele parar la atención en esto del fondo filosófico; para la mayoría, el naturalismo consiste en no rehuir pasos ó detalles es-

cabrosos, en llamar á las cosas por su nombre, en copiar la realidad al pie de la letra, en tratar los asuntos amatorios con sinceridad y claridad: y desde este punto de vista, *Pequeñeces* hubo de engrosar las filas de la literatura condicionada por el naturalismo. Ninguna novela española — de las que merecen la atención del crítico — encierra pasajes más fuertes, ni escena que pueda competir en dolorosa intensidad con aquella del retrato del esposo de Currita, comparable únicamente á la famosa del balcón en *Fanny*.

Este realismo, fisiológico unas veces, otras escatológico, más duro y áspero que sería en la obra del novelista profano que no viese en las *pasiones pecados* á secas, y tuviese, por consiguiente, piedades é indulgencias de médico del corazón, no hiere, sin embargo, en el Padre Coloma, por virtud de su procedimiento literario, que alguien ha comparado á la fotografía instantánea. El

Padre Coloma es una especie de *muerde y huye*: condensa en tres palabras una situación, no insiste jamás, y por eso no subleva. La delectación morosa en la fealdad, en el vicio, en lo perteneciente á nuestra naturaleza animal, la prolijidad en suma, es lo que llega á causar náusea: la concisión, más todavía que el tono humorístico, salva lo arriesgado: la brevedad tiene dejos de pudor.

El realismo de *Pequeñeces* es como tiene que ser dentro de la sátira: un realismo *calculado*, que va tomando de la realidad, con mano á la vez atrevida y cauta, los elementos que necesita, resuelto á no desfigurarlos, pero diestro en no admitir los que pudiesen contrariar sus propósitos. Nos presenta un aspecto de la realidad, y ese aspecto es verdadero, sólo que nos encubre el conjunto, cuyo espectáculo podría influir en modificar nuestro juicio relativo á aquel aspecto parcial. Este modo de proceder es lícito al artista, y peor para el que no sepa,

á su vez, elegir y depurar los datos del arte.

Ya en el prólogo de *Lecturas recreativas* hacía el Padre Coloma una profesión de realismo, censurando á la novela porque, «como todo género de poesía, tiende por lo menos al idealismo, y conserva, como ningún otro, los visos de la realidad; exalta, por lo tanto, la imaginación del lector bisoño sin que apenas se dé cuenta de ello, y forja en su fantasía un bello mundo ideal que no encuentra luego en las ásperas realidades de la vida: de aquí nace el desengaño prematuro, el descontento de la vida práctica, la amarga misantropía propia del que, acostumbrado á mirar los hombres y las cosas como debieran de ser, no sabe tomarlas tales como son; y de aquí nacen también los trascendentales errores del que pretende calcar los eventos ordinarios de una vida rutinaria y vulgar sobre las romancescas aventuras de héroes imaginarios». Me hace sospe-

char este pasaje que el Padre Coloma, cuando lo escribió, no conocía el nuevo arte de hacer novelas, y estaba aún á las alturas de Alejandro Dumas ó Eugenio Sué. Bien se ha desquitado después y bien enterado anda ahora.

X

CURRITA.

Aunque el verdadero asunto de *Pequeñeces* es la Restauración, no convengo en que la novela carezca de protagonista personal. Los múltiples hilos de la variada é interesante acción convergen alrededor de la admirable figura de «una de esas reinas de la moda que empiezan escotando los trajes y acaban escotando las costumbres»; una dama de calidad de las que ponen raya en los saraos, y con el aire de su abanico hinchaban las velas de la nave política; figura cuyo colorido fino, ligero y blando engaña, pero cuyo dibujo, anatomía y osatura son de lo más firme y razo-

nado que se ha visto en novela. No es Currita Albornoz la mujer de grosero epicureismo que da rienda á los sentidos y no aspira á otra cosa. En Currita hay imaginación, romanticismo, perversión, puerilidad, gracia, distinción exquisita, encontradas condiciones y aspectos diferentes que el novelista supo fundir en un carácter enigmático, complejo, maravilloso. No pude leer sin sorpresa el párrafo que dedica á este carácter Balart. ¡Currita *gris! Irisada*, sí que me parecería justo.

Casada muy joven con un hombre inútil y estólido, depravada luego por la pasión y el capricho, Currita revela esa extraña dualidad frecuente en las mujeres desenfrenadas que nacen y viven en altas posiciones: por un lado parece que desea de continuo abrasar en la llama del escándalo sus alas de mariposa; por otro diríase que tiene sed hidrópica de consideración social: de aquí la curiosa mezcla de provocaciones y halagos que

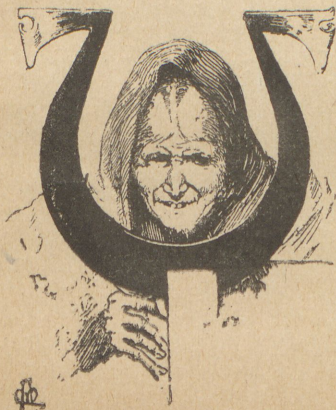
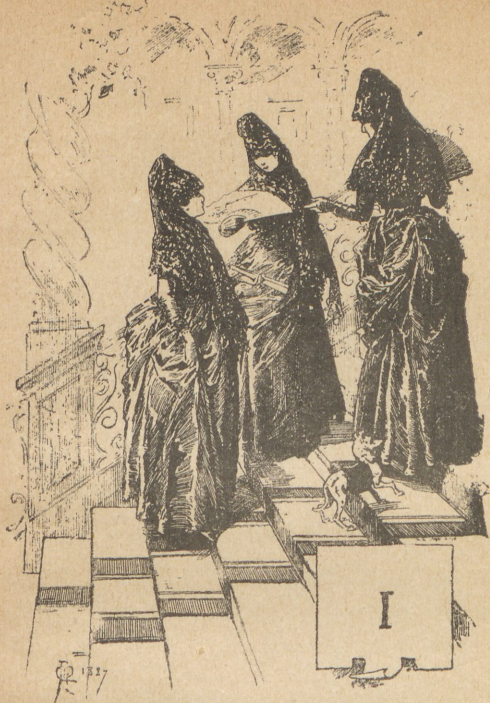
dirige al mundo ; de aquí su felina comedia de paz y felicidad conyugal , su miedo á las campanadas que ponen en ridículo , sus gatuperios suaves , tan bien expresados en lo físico por aquella vocecita delicada y aquellos monísimos gestos. No es su vicio dominante, como siente Balart , la soberbia , sino la vanidad ; si fuese soberbia , no se justificarían ciertas degradaciones en que cae ; por la vanidad se explican muy bien, pues la vanidad se paga del triste deleite de mortificar á la envidia , y vive á expensas de los sentimientos ajenos , mientras la soberbia se contempla á sí propia y puede darse por satisfecha con esta contemplación solitaria. Currita tiene necesidad moral de la atmósfera tibia y embriagadora donde flotan los sutiles miasmas de la maledicencia , que estimulan y no matan. Currita desafía á la sociedad ; pero separada de ella , y la veréis agonizar como el pez fuera de su elemento. Cuando las señoras se apartan de su lado y forman á

su alrededor el vacío en el oratorio donde se celebran los ejercicios; cuando su reinado concluye, ¿qué más natural que Currita se convierta?

En Currita, el refinamiento bizantino, los extravíos de la imaginación, los pruritos de la vanidad están unidos á ciertos residuos de la fe religiosa que inspirara la primera educación, y que en esta corsaria social determinan actos piadosos de índole semejante al exvoto á la Madona que cuelga después de sus latrocinios el bandido italiano. Su conversión, aunque traída con violencia y con poco arte, se comprende bien: nunca fué Currita descreída ni escéptica.

Currita representa simbólicamente un estado político. Es la *mosca*, no de oro, sino de pedrerías, que, al posarse sobre el cieno, lo abrillanta y oculta su hediondez. ¿Qué tiene esta mujer para reinar así sobre su época y sobre las demás señoras, mejores que ella, y que, no obstante, reconocen en ella *una superioridad* por la

cual inclinan la cabeza ante la que el autor, con crudeza eclesiástica, califica de *bribona indecente*? Hay que ser muy cegato para afirmar que tal *superioridad* no existe, y bien topo en costumbres para creer que sobre una sociedad se reina por superioridades del orden intelectual, del orden moral ó del orden estético. En el mundo elegante se concede el cetro por las razones que indica Barbey de Aurevilly en su encantador librito sobre *El dandismo y Jorge Brummel*. «Brummel—escribe el insigne autor de las *Diabólicas*—era una individualidad extraña, que únicamente se había tomado el trabajo de nacer; y para desenvolverse, necesitaba una sociedad muy aristocráticamente complicada.... Su vida entera fué una *influencia*, y las *influencias* son inenarrables.» Otro tanto le sucede á Currita, que es un Brummel femenino. Currita no descuella ni por hermosa, ni por buena, ni por instruida, ni por artista; el Padre Coloma, observador perspicaz, no la pre-



Ilustraciones de las historietas del Padre Coloma
«Las Conspiradoras» «La Gorriona.»

senta como una hurí de belleza, una Aspasia en el talento, ó una Staël en la cultura; él sabe que esa *influencia* particular é inenarrable que ejerció Brummel, no guarda relación alguna con los méritos del cerebro, del corazón, ni siquiera de las formas. Una mujer honestísima, una madre de familia ejemplar, una pensadora docta y grave, no sólo suelen ser muy poco influyentes en el medio artificial de la sociedad de buen tono, sino que es facilísimo que hagan en ella detestable papel, por culpa de un pormenor, de una *pequeñez* de ropa, conversación ó modales. La sociedad es un convencionalismo, y convencionales y fantásticas las dotes que consagran á sus reinas. Estas dotes, Currita las posee. Casi fea, casi vieja, mala, fría, frívola, disoluta, desleal, es, sin embargo, deliciosa, por su mezcla de dulzura é insolencia, su impertinencia cortés, su desenfado gracioso y su elegancia indiscutible, independiente del figurín. Ello

es así, y el Padre está más convencido que ninguno de sus lectores de que, mientras Currita puede reinar, la Villasis no sirve para el caso, porque es (digámoslo en francés, para mejor inteligencia de los matices que representan esas dos palabras), algo *collet monté* y bastante *bigote*.

Dije, y no me retracto, que Balzac no ha trazado figura femenil de más importancia que Currita, *dentro de la nota propia de este carácter*. En la variada galería de personajes que Balzac creó para su gloria, hay tipos de pasión y abnegación, como *Eugenia Grandet* y la heroína del *Lirio del valle*, figuras literarias copiadas del natural, como la de *Camila Maupin*, y otras que, como *Beatriz*, representan á la mujer condicionada por el medio artificial de la sociedad elegante. Entre éstas repito que podría contarse y figurar muy dignamente Currita Albornoz. Los procedimientos de Balzac se diferencian de los del Padre Coloma en la lentitud, y en que suele mirar á sus per-

sonajes con vidrios de aumento, por lo cual los hace mayores del tamaño natural, agigantándolos en todas sus proporciones morales, intelectuales ó psíquicas. El novelista jerezano carece de esta potencia aumentativa. Acaso es, por lo mismo, más realista que Balzac, y dentro de una estética muy cerrada, podría yo anteponer á Currita á las heroínas balzaquianas. Prescindamos de paralelos, que engañan casi siempre, y contentémonos con afirmar que, á diferencia de autores españoles tan ilustres como Pareda, que suelen tropezar en las figuras femeniles, el Padre Coloma es en ellas habilísimo.

XI

Y FINAL.

La crítica, al tratar de *Pequeñeces*, hiló más delgado de lo que aquí se acostumbra, sacando la cuenta, no sólo de las inexactitudes y errores (v. gr.: confundir esferas con círculos y dinteles con umbrales), sino de las asonancias, cacofonías, anfibologías, y otros pecados contra la ortodoxia gramatical. Líbreme Dios de salir á la defensa de estos pecados. Lejos de disculparlos ó atenuarlos, profeso que debiera meditarse con frecuencia la afirmación de Hermosilla: «Las reglas, cuya colección forma el arte de hablar, es decir, las que realmente merecen el nombre de reglas, no las quisquillas de

los retóricos escolásticos, están como envueltas en la esencia misma de la racionalidad del hombre». La mayor parte de los descuidos que con razón se le notan al Padre, son de aquellos que á poca reflexión se advierten y sin gran trabajo se corrigen; y, por lo tanto, aplicaré á *Pequeñeces* lo que escribía del *Quijote* D. Diego Clemencín: «Si á la sencillez del argumento hubiera acompañado más estudio y esmero en los pormenores relativos á la disposición de la fábula, y mayor corrección y lima en el lenguaje, el *Quijote* sin duda hubiera alcanzado mayores quilates de perfección». Pero.... «de estos indicados elementos, de tantas prendas recomendables mezcladas con algunas imperfecciones y muchos descuidos, se compone un todo que el lector no sabe dejar de las manos.»

Por si algún criticador sale chillando que yo equiparo á *Pequeñeces* con el *Quijote*, me anticipo á declarar que las frases de Clemencín, deducido el consiguiente

descuento, son aplicables, no sólo al Padre Coloma, sino á nuestros autores más espontáneos y menos esclavos de las leyes científicas que presiden al artificio de la prosa. Con entera perfección no escribe nadie, y en los más pulidos y tersos escritores hay faltas, que no les alabo por supuesto. Reconozco también que las del Padre están más espesas, y que en ese particular le pululan casualidades en la capa. Creo, no obstante, con Ballart, que tal negligencia tiene su atractivo, porque si el lenguaje es pecador, el estilo fluye lleno de encanto, por su concisión, amenidad y viveza. Es un estilo puramente meridional, el revoloteo de una mariposa que esconde aguijón de abispa. No rumia jamás las frases: las recorta con sacabocados, y las lanza, sin cuidarse de perfilar los contornos. En la verdad y sobriedad del diálogo, no sé de nadie que le pueda poner al Padre Coloma la ceniza en la frente, entre los que hoy cultivan las letras españolas.

Tampoco hay quien le venza en el manejo de los efectos dramáticos. De *Pequeñeces* podría sacarse un drama, acaso dos; el primero Velarde, Sabadell el segundo: Las páginas que anteceden y preparan la muerte de Jacobo me han causado cierto escalofrío que me recordó otra impresión análoga, sentida en dos ó tres capítulos de *Realidad*. Propende nuestra novela moderna á prescindir del drama, como si éste no fuese elemento integrante del arte y de la vida. También propende á ser difusa y prolija, defecto que se nota más en los autores faltos de pensamiento robusto y original, haciendo á veces difícil la lectura de sus obras. El Padre, con todo su realismo, se ha desviado de estas tendencias, extremando tal vez las contrarias, y refrescando con destreza no común el interés de los estilos viejos y ya pasados de moda. Alarcón dejara en nuestras letras un vacío, el puesto del narrador ingenioso y chispeante, á quien saborea siempre con gusto el lector más

exigente y falto de tiempo para leer. Ese vacío vino á llenarlo el Padre Coloma, que es, sin duda alguna, un Alarcón remozado y ortodoxo, al cual sólo le falta el uso de ese instrumentillo vulgar, esa *pequeñez* que, oculta entre los manjares, lleva á los prisioneros alegría y esperanza.... ¡La lima, sí; la hojita de acero que muerde, desgasta, hermosea y purifica!

Me asalta el temor, al terminar este rápido estudio, de que por él me vuelvan á acusar de que ayudo al Padre, movida de espíritu polémico, á deslizarse, *pian pianino* y «con las manos en las mangas», entre nuestros primeros novelistas. Por eso quiero recordar que ni Valera, ni Balart, ni otros críticos muy dignos de estimación le han regateado este puesto; y que si la concesión pierde alguna importancia por no sentirse ni Balart ni Valera transportados de gran entusiasmo hacia la moderna novela española (cosa que se transparenta, aunque explí-

citamente no lo digan), hay á favor de *Pequeñeces* una circunstancia en que no se ha fijado nadie, y que no debemos perder de vista los que amamos á la novela, no con el egoísta amor del que cultiva y beneficia su propio campo, sino con desinteresado y purísimo afecto, en que se confunden el suelo natal y el de las letras.

¿Qué circunstancia?, preguntarás, ¡oh lector bondadoso y paciente, que has llegado hasta aquí sin disgusto!

Poca cosa. *Pequeñeces* es la *primer novela* de su autor. Compárese con otros estrenos, — con los mejores — y dígase imparcialmente—descartando toda cuestión ajena á la literatura—si tiene ó no tiene excusa quien ante tal *coup d'essai* proclamó maestro al autor y maestro al libro, ateniéndose á la definición del Diccionario, que califica de maestras á «las obras hechas con cierta perfección y artificio, y notables en su línea».

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Advertencia.....	5
I.—Biografía.....	7
II.—Porqués de la algarada.....	19
III.—Intolerancia vuelta del revés.....	33
IV.—La aristocracia y las letras... ..	49
V.—La decadencia aristocrática.....	59
VI.—El remedio del Padre.....	68
VII.—De lo vivo á lo pintado.....	78
VIII.—Antecedentes literarios.....	86
IX.—El naturalismo de <i>Pequeñeces</i>	95
X.—Currita.....	108
XI.—Y final.....	116

ÍNDICE

POR ORDEN ALFABÉTICO DE AUTORES, DE LOS ESCRITOS
PUBLICADOS EN LA ESPAÑA MODERNA DURANTE
EL AÑO 1889.

Abate Marchena.—Carta inédita sobre el celibato eclesiástico.

Altamira (Rafael).—Bibliografía.

Balari y Jobany (José).—Estudio etimológico y comparativo.

Barado (Francisco).—Consideraciones generales acerca de nuestro estado militar.

Barallat (C.).—Bibliografía.

Barrantes (V.).—Trueba y sus amigos, y Sección ultramarina, en todos los números, desde Junio inclusive.

Becerro de Bengoa (Ricardo).—Antonio de Trueba. —El Monasterio de Carrión.

Benot (E.).—La crisis económica.—Las hipótesis.

Botella (Cristobal).—Bibliografía.

Cámara (Arcadio L. de la).—Lo que es y lo que debería ser el ejército.

Campión (Arturo).—Bibliografía.

Cánovas (Luis).—Jaime el Leveche, novela.—Un Waterlloo, novela.

Cánovas del Castillo (Antonio).—Carlos V y las Cortes de Castilla.

Campoamor.—Humoradas.—La poesía desdeñada por la ciencia y por la prosa.

Carracido (José R.).—Bibliografía.—Precursores españoles de las ciencias naturales.

- Castelar (Emilio).**—Necrología de Mancini.
- Castro (Adolfo de).**—Un girondino español.—Un enigma literario.—Combates de Toros en España y Francia.—El Tenorio de Zorrilla.—Quintana y Heredia.—La « Fabiola ».
- Clarín.**—Bibliografía.—Sinfonía de dos novelas.—Revista literaria.
- Contamine de Latour (E.).**—La literatura española en Francia.
- Coroleu (J.).**—Bibliografía.—La Sociedad Catalana en tiempo de los condes de Barcelona.—El Quijotismo en el mundo gentilico y en la Sociedad Cristiana.
- Cortejón (Clemente).**—Algunos secretos del lenguaje y estilo del *Don Quijote*.
- Delmás (Juan E.).**—Cosas de antaño.
- Fernández y González (D. Francisco).**—Los reyes Acosta y Elier (Agila II).
- Figuerola (Marqués de).**—Bibliografía.—Consideraciones sobre el sufragio universal.
- García-Ramón (Leopoldo).**—Escritores americanos.—Bibliografía.
- Giner de los Ríos (Francisco).**—Sobre la idea de la personalidad.
- Guillén Robles (F.).**—Estudios sobre la dominación de los españoles en Berbería.—Las picardías de Dalila (cuento de Las Mil y una noches), traducción directa del árabe.—Una embajada española en Marruecos en 1559.
- Lázaro (J.).**—Revista general.—Bibliografía.
- Letamendi (José de).**—El motor del porvenir.—Escultores-cuervos.
- Llorente (Teodoro).**—El movimiento literario en Valencia en 1888.—Bibliografía.
- Mélida (José Ramón).**—Crónica del arte.—Exposición retrospectiva del trabajo y las ciencias antropológicas.
- Morel-Fatio (Alfred).**—Libros extranjeros sobre cosas de España.
- Ortega Munilla (J.).**—Máquinas é industrias.
- Ossorio y Bernard (M.).**—Apuntes para un Diccionario de escritoras españolas del siglo XIX.

Palacio (Manuel del).—Poesías.
Palacio Valdés (A.).—Seducción, cuento.—Niñerías.
Palmerín de Oliva.—Bibliografía.
Pardo Bazán (Emilia).—Morrión y Boína, cuento.—Bibliografía.—La cuestión académica.—La Eloisa portuguesa.—Cartas sobre la Exposición.
Pérez Galdós (B.).—Torquemada en la hoguera, novela.
Rattazzi (Princesa).—Apuntes para mis memorias.
Ríos (Srta. Blanca de los).—D. Juan.
Riva Palacio (General).—Sor Magdalena (tradición mexicana).—Lorencillo.
Rubió y Lluch (Antonio).—Poetas colombianos.
Salas Antón (Juan).—Revista de revistas extranjeras.
Sánchez Pérez (A.).—Bibliografía.—Los últimos libros de Galdós.—Frutos de la Encina, novela.
Sardá (J.).—La Literatura catalana en 1888.—Bibliografía.
Sbarbi (José María).—No hay hombre sin hombre.—Anás.
Sellent (J. Eduardo).—Nuestra crisis económica.
Simonet (J.).—Bibliografía.
Torromé (Rafael).—Bibliografía.
Tramoyeres Blasco (Luis).—Bibliografía.
Urrecha (Federico).—El rehén del Patuco.—Tinita.—El Mausoleo.
Urrutia (Carlos Martín).—El libro del Dr. Letamendi.
Valbuena (Antonio de).—El liberalismo del P. Mariana.—El Instituto geográfico.
Valera (Juan).—Novela parisiense mexicana.—Tabaré.—La religión de la humanidad.—Libros y Discursos.
Valladar (Francisco de P.).—La Real capilla de Granada.
Viada (Luis Carlos).—Bodas de oro.
Vidart (Luis).—Las obras histórico-militares del capitán D. Francisco Barado.
Villelga Rodríguez (Emilio A.).—Bibliografía.
Yxart (J.).—Bibliografía.
Zahonero (José).—Cuentos pequeños.

AÑO 1890.

- Álas (Jenaro).**—Páginas Castrenses.—¿Por qué está descontento el ejército?
- Arenal (Concepción).**—La cuestión social y la paz armada.
- Asensio (José María).**—Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena.—Recuerdos de antaño.
- Balbín de Unquera (Antonio).**—Reseña del arte taquigráfico.
- Banville (Teodoro de).**—El primer amor.—*Memento vivere.*—Cómo se engaña á las mujeres.—El vestido de seda.—Ley de raza.
- Barbey D'Aurevilly (J.).**—Un precursor de los dandys.
- Barrantes (V.).**—Sección Hispano-ultramarina.
- Becerro de Bengoa (R.).**—La literatura vasco-navarra en 1889.
- Benot (E.).**—Versificación por pies métricos.
- Campión (Arturo).**—La sucesión de D. Fernando VII en Navarra.—Contrastes, cuento.
- Campoamor (Ramón de).**—Un dogma inédito.—Poética.—La metafísica y la poesía ante la ciencia moderna.
- Cánovas del Castillo (A.).**—La democracia en Europa y América.—Consideraciones histórico-críticas acerca del novísimo aspecto de la cuestión obrera.
- Casañ Alegre (J.).**—Instituciones gremiales.
- Castelar (Emilio).**—Crónica internacional.
- Clarín.**—Revista literaria.
- Cobeño (Blas).**—La cuestión social.
- Coppée (Francisco).**—Flores impuras, poesía.
- Cortina (Juan J.).**—Papeles viejos.—Indemnización de mesa.
- Cunninghame Graham (Gabriela).**—España.
- Cherbuliez (Víctor).**—Guillermo de Humboldt y Carlota Diede.—El poeta D. Serafín Estébanez.—Hegel y su correspondencia.
- Dacarrete (Angel María).**—En la playa.—En las más caras, poesías.

Darío (Rubén).—Invernal, poesía.
Daudet (Alfonso).—La última lección.—La defensa de Tarascón.—El chiquillo espía.—Arthur.—El Elixir del P. Gaucher.—La Arlesiana.—El último libro.
Delmas (Juan E.)—Cosas de antaño.
Dostoievski (Th.)—La Centenaria.—Cálculo exacto.
Fernández Duro (Cesáreo).—Holandeses en América.
Figuerola (Marqués de).—El renacimiento literario y artístico de Galicia.
Flaubert (Gustavo).—Un corazón sencillo.
Freson (Julio G.)—Bayreuth.
Gautier (Teófilo).—Enrique Heine.—Un boceto de Velázquez.—Enrique Regnault.
Gómez de Arteche (J.)—El año militar.
Goncourt (Edmundo y Julio).—Ideas y sensaciones.
González (Fr. Z. Cardenal).—El lenguaje y la unidad de la especie humana.
Koch (R.)—Las infecciones.
Lapoulide (Juan).—Conversaciones militares.
Lasso de la Vega (Angel).—La agricultura en la antigua Roma.
Leighton (Federico).—El arte en España.
Letamendi (José de).—La medicina en 1889.
Llorente (Teodoro).—Las letras en Valencia durante el año 1889.—Flores impuras (traducción).
Macé (G.)—La Morgue.
Martínez (Fr. Zacarías).—El moderno anticristo.
Matheu (José M.)—Rataplán, cuento.
Mélida (José Ramón).—El arte japonés.
Menéndez y Pelayo (M.)—Estudios sobre los orígenes del romanticismo francés.
Mera (J. León).—Cartas á D. Juan Valera sobre asuntos americanos.
Merchán (Rafael M.)—Cartas al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos.—El espinar cubano y la segur barrantina.
Morphy (Guillermo).—El año musical en España.
Murillo Palacios (F.)—Nota bibliográfica.
Nocito (Pedro).—El Congreso penitenciario de San Petersburgo.

- Ortega Munilla (J.).**—Poetas.
- Oliver (Miguel S.).**—De la literatura mallorquina en 1889.
- Ossorio y Bernard (M.).**—Apuntes para un Diccionario de escritoras españolas del siglo XIX.
- Palacio (Manuel del).**—El vulgo.—Al Circulo de Bellas Artes, poesías.
- Palacio Valdés (A.).**—Oradores políticos.—Estética del carácter.
- Pardo Bazán (Emilia).**—Un destripador de antaño.—Últimas modas literarias.—Travesura pontificia.—La mujer española.—Dos cidianistas extranjeros.—Planta montés.
- Piernas Hurtado (J.).**—La cuestión económica.
- Pontmartin (A. de).**—El baño de la Malibrán.
- Posada (Adolfo).**—La literatura de la sociología.
- Querol (Agustín).**—Memoria relativa á la escultura.
- Querol (Vicente W.).**—Última poesía.
- Renan (Ernesto).**—El arte de la Edad Media.—Atenas.
- Sainte-Beuve (C. A.).**—Madama de Sevigné.
- Sardá (Juan).**—La literatura catalana en 1889.
- Schopenhauer (A.).**—La reputación y el punto de honra.
- Thebussen (Doctor).**—Un arbitrio del siglo XVI.
- Tolstoï (Conde León).**—Recuerdos de mi infancia.—La sonata de Kreutzer.
- Turguenef (I.).**—El judío.—El perro.
- Vaiera (Juan).**—Sobre lo inútil de la metafísica y de la poesía.—El renacimiento clásico de la literatura catalana.—Portugal contemporáneo.—*Viajens na Galiza*.—Verdades poéticas.—Novela-programa.—La metafísica y la poesía.
- Zola (Emilio).**—Gustavo Doré.—Proudhon y Courbet.—La literatura y la gimnasia.—Balzac.—Alfonso Daudet.
-

EXTRANJEROS ILUSTRES

TOMOS PUBLICADOS

- | | |
|----------------------------|--------------------------|
| I. <i>Jorge Sand.</i> | V. <i>V. Sardou.</i> |
| II. <i>Víctor Hugo.</i> | VI. <i>Dumas (hijo).</i> |
| III. <i>Balzac.</i> | VII. <i>Flaubert.</i> |
| IV. <i>Alfonso Daudet.</i> | |

TODOS POR

E. ZOLA



PRECIO: **UNA PESETA**

COLECCION DE LIBROS ESCOGIDOS

I

LA SONATA DE KREUTZER

POR EL

CONDE LEÓN TOLSTOY

Magnífica novela, considerada por eminentes críticos como la más notable publicada en este siglo.

PRECIO : **TRES PESETAS**

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

Escrita por los Sres. **Arenal** (Doña Concepción), **Barrantes**, **Campoamor**, **Cánovas**, **Castelar**, **Echegaray**, **Galdós**, **Menéndez y Pelayo**, **Pardo Bazán** (Doña Emilia), **Palacio Valdés**, **Pi y Margall**, **Thebussem**, **Valera**, **Zorrilla**, etc.

Precios de suscripción, pagando por adelantado :

En España, seis meses, *diez y siete pesetas*; un año, *treinta pesetas*.—En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año *cuarenta francos*, enviados directamente á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres, ó en billetes de cualquiera nación europea.

Todas las suscripciones deben comenzar en Enero de cada año.

Se remiten tomos de muestra gratis á quien los pida.

Dirigirse al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Serrano, 68, Madrid.

REBAJA DE PRECIOS

LA ESPAÑA MODERNA

Colecciones de 1889 y de 1890 á 15 pesetas cada año, en rústica, y á 20 encuadernadas lujosamente en tela (mitad de su precio). Los que residan fuera y deseen adquirir estas importantísimas colecciones, remitan á la Administración, Serrano, 68, Madrid, el importe en libranzas ó sellos, y se les enviará por el correo libre de todo gasto.